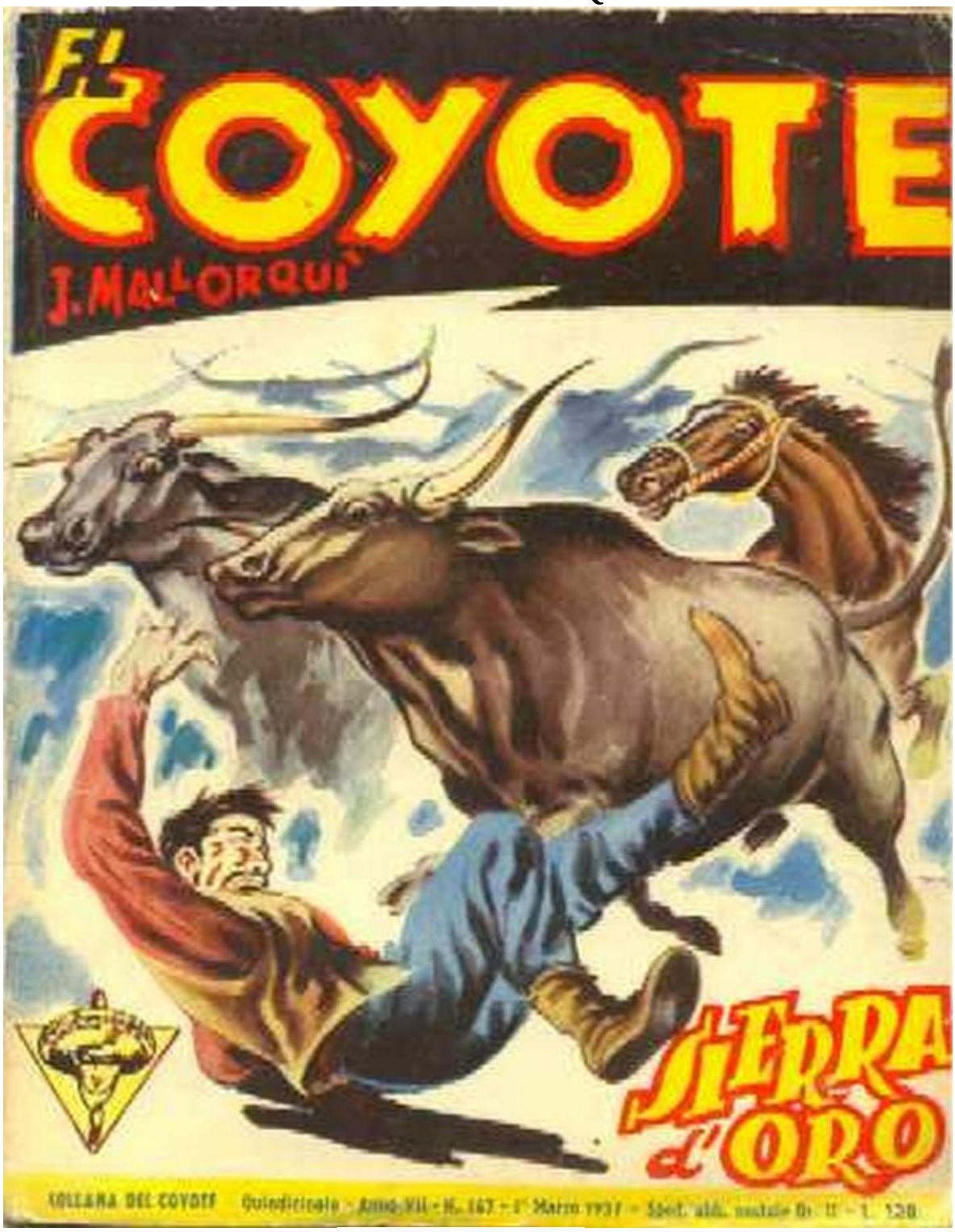
Sierra de Oro
JOSÉ MALLORQUÍ



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

SIERRA DE ORO

Capítulo primero

Las justicias del juez Esley

En el 1859 el juez Ezequiel Esley vivía en San Juan, Tejas. Antes había nacido y vivido en Boston y el Destino o la desgracia de Ralph Bolton le condujeron a San Juan.

A no ser por el juez Esley, la vida de Ralph Bolton habría sido otra. Años más tarde, Ralph afirmaría:

-De todas mis desgracias y de todos mis defectos, tiene la culpa un hombre: Ezequiel Esley.

En aquella mañana de junio de 1859, Ralph Bolton no decía nada. Estaba demasiado asustado. La mirada de sus jóvenes ojos estaba fija en el hombre que iba a decidir su suerte.

El sol de Tejas entraba en polvorientos raudales por la amplísima ventana que daba detrás del juez; pero su intenso calor era incapaz de fundir el bloque de hielo que hacía las veces de corazón en el pecho de Esley.

En aquellos tiempos y en aquellos lugares, la gente apenas leía. Todos tenían demasiado trabajo; pero ochenta años después, al escribir Walter Gimbert su *Historia de Tejas y de los Tejanos,* al referirse a Ezequiel Esley diría: *«...era un ejemplo viviente de cómo el sadismo puede anidar en un ser humano, si ser humano se puede llamar a uno de los hombres más crueles que han vivido en Tejas. A Ezequiel Esley todos le temieron y odiaron, pues bajo la capa de un afán moralizador, dedicóse a satisfacer sus más bajos instintos. Para hallar a otro tipo como él tendríamos que trasladarnos a las estepas asiáticas. Sin embargo, durante mucho tiempo se le ha considerado modelo ejemplar de los jueces tejanos y se ha querido ver en él al único hombre capaz de domar a sus salvajes paisanos. Un simple estudio de sus sentencias nos demuestra que el ochenta y dos por ciento de los hombres a quienes él condenó a prisión, al salir de ella se convirtieron en peligrosos bandidos. Y el juez M. Nightgall, que ha repasado todos sus fallos, afirma que sólo en diecisiete casos la sentencia fue justa. En los demás las penas fueron siempre excesivas* y, *por lo tanto, contraproducentes.»* Si en el 1859 los habitantes de San Juan hubiesen sido aficionados a la lectura, alguno de ellos habría dicho que el juez Esley era un sádico. Como nadie conocía el significado de esta palabra, se limitaban a llamarle salvaje.

A Esley no le importaba que se le considerase salvaje. Por el contrarío, le agradaba. ¿Los motivos? Eran claros, aunque nadie sabía verlos. Una parálisis infantil retuvo a Esley durante muchos años en su casa, sin poder salir de ella a gozar del benéfico contagio de la alegría de los otros niños. Desde la ventana de su hogar de Boston vio cómo otros jugaban; y porque él no les podía imitar, los odió. Más tarde, cuando los peores efectos de la enfermedad pasaron y quedó para siempre la invalidez de una pronunciada cojera, Ezequiel Esley acudió a las aulas de Harvard. Allí siguió

odiando a sus compañeros que eran dueños de un cuerpo ágil y sano, que podían correr, saltar, ejercitar sus músculos, aproximarse, sin miedo a ser rechazados, a las mujeres, en los bailes familiares que se celebraban en los aristocráticos salones de la ciudad. Así, con el curso de los años, se fue desarrollando en él un acusado complejo de inferioridad. Se graduó en Leyes y obtuvo uno de los primeros puestos; pero sus profesores comprendieron lo peligroso que podía resultar aquel hombre en quien no se advertía ninguna cualidad buena. Esley odió a sus profesores y persistió en sus esfuerzos hasta conseguir el título de juez. Y comprendiendo que en el Este no podría vencer la antipatía que todos le profesaban, obtuvo, sin dificultad, la plaza de juez de paz del condado de San Juan Nepomuceno, en Tejas. En el 1857 ocupó su puesto en San Juan, la capital del condado.

Soltero, porque ninguna de las mujeres a quien él deseó quiso aceptarle, y él no aceptó a las que estuvieron dispuestas a cerrar los ojos y unirse a él, a los cuarenta y dos años, Ezequiel Esley representaba cincuenta y cinco o sesenta. Calvo, de facciones descarnadas y manos sarmentosas y siempre frías, el juez vestía de negro, y si caminando podía parecer un ser desvalido e infeliz, cuando se sentaba ante su mesa del tribunal parecía un buitre regocijándose, de antemano, con la presa que se le ofrecía en el banquillo de los acusados.

Quien no había conocido las alegrías de la juventud, no podía perdonar los efectos que ellas producían en otros hombres. Y a quien menos podía perdonar era a Ralph Bolton, que, por fin, estaba ante él para responder de un delito.

-Levántate, Bolton -ordenó al fin-. Vas a oír tu sentencia.

Haciendo un esfuerzo el acusado se puso en pie. A los dieciocho años, Ralph Bolton era un muchacho lleno de vida, un poco alocado, un mucho impetuoso e inconsciente; pero todos le apreciaban y aceptaban, sonriendo, sus locuras. Hasta Frank Collet, que ahora se agitaba, inquieto, en su asiento, dirigiendo compungidas miradas al juez.

Éste se restregó lentamente las frías manos. Por sus ojos de pez muerto pasó un destello de alegría, y con voz pausada y profunda, comenzó:

-Ralph Bolton: Has sido acusado de un grave delito. Ayer noche entraste en la cuadra de Frank Collet y te llevaste uno de sus caballos. Un buen caballo que a Frank Collet le costó sesenta dólares; pero aunque sólo hubiese costado diez, tu delito sería el mismo. Robaste un caballo. Cuando se roba un caballo se expone uno a morir ahorcado. Es el castigo que se aplica a los cuatreros, y debo decirte que si en vez de dieciocho años tuvieses veintiuno, mi sentencia sería la que te mereces. Pero la ley, con equivocada blandura, fija que ningún hombre de menos de veintiún años puede colgar de la horca. Es un error, Bolton, porque si hoy te ahorcásemos, nos evitaríamos la molestia de ahorcarte dentro de tres o cuatro años. Quien a los dieciocho roba un caballo, a los veintiuno comete un crimen, y a los veintidós o veintitrés ha cometido varios más.

Esley carraspeó y, sacándose del bolsillo un blanco pañuelo que parecía de hielo, se secó los labios. Aprovechando la pausa, Frank Collet declaró:

-Un momento, señor juez: Yo no deseo que castiguen demasiado a ese muchacho. De verdad que si hubiera sabido que fue él quien se llevó el caballo no habría dicho nada, pues hubiese tenido la seguridad de que me lo habría devuelto.

Esley dirigió una despectiva mirada a Collet, que terminó entre tartamudeos su declaración.

-Estás estorbando la acción de la justicia, Frank -dijo el juez-. Cumpliste con tu deber al denunciar el robo del caballo; pero ahora tratas de faltar a él. Por fortuna, y para beneficio de todos, yo velo para que la justicia impere en Tejas. Tenemos un hecho cierto: un caballo fue robado de tu cuadra. Tú denunciaste el robo. Era lo único que la

justicia necesitaba. Ahora, ¿puedes negar que ayer no desapareció un caballo de tu cuadra?

Tragando saliva, Frank Collet replicó:

-Yo no digo...

-Contesta sí o no -interrumpió Esley.

-Sí, desapareció; pero...

-Basta ya. Afirmas que desapareció, y como estaba bien atado, y sin silla, y esta mañana fue encontrado en poder de Ralph Bolton, debidamente ensillado, no podemos creer que el caballo se soltara y, después de ponerse la silla, marchara en busca de Ralph Bolton y le pidiera que le devolviese a su cuadra. Si el caballo estaba en poder de Bolton, es porque Bolton lo robó. Y, por otra parte, él mismo lo ha reconocido así. Cállate, pues, Frank, y no interrumpas con equivocada compasión la buena marcha de la justicia.

Temblando, Frank Collet se dejó caer en su sillón y con un gran pañuelo de hierbas secóse el sudor que perlaba su frente. ¡En mala hora se le había ocurrido denunciar tan de prisa la desaparición de su caballo! Al fin y al cabo, no lo había hecho con la intención de que se lo devolvieran, ya que desde el primer momento dio por perdido al animal. No se le ocurrió que Ralph Bolton se lo hubiese llevado, como había hecho otras veces con los caballos de otros, para acudir a una fiesta que se daba en un rancho cercano. Y ahora el pobre muchacho iba a pagar las consecuencias de su precipitación, pues el endiablado juez Esley no tenía consideraciones con nadie y, además, todos le habían oído decir en varias ocasiones que deseaba dar una buena lección a Bolton.

Entretanto, el juez había seguido:

-Quedamos, Bolton, en que no puedo hacerte ahorcar porque la ley lo prohíbe, y, además, para ello el caso tendría que verse ante jurado. Por la bondad de Collet, que ya he dicho que considero equivocada, este robo se juzga como una ofensa menor, y, por lo tanto, sólo te aplicaré la pena máxima a que me da derecho el tipo de falta que has cometido.

Todo el público aguardó en suspenso el fallo del terrible juez, que, después de carraspear y restregarse con más fuerza las manos, declaró:

-Ralph Bolton, este tribunal del Estado de Tejas te condena a que durante dos años permanezcas encerrado en el reformatorio de Houston. Deseo, aunque no me hago ninguna ilusión de ello, que sepan reformarte y hacer de ti otro hombre.

Ralph se tambaleó como si la sentencia del juez fuese un proyectil disparado contra su pecho. Abrió de par en par los ojos *y* movió la cabeza, como si le costase trabajo aceptar como real lo que sus oídos acababan de escuchar.

¡Dos años en un reformatorio! ¡Encerrado! ¡Él, que tanto amaba la libertad!

-No -tartamudeó-. No es posible, señor juez. Usted se equivoca...

Iba a seguir, iba a suplicar, iba a rogar al juez Esley que por lo que más quisiera no le condenara a una pena tan terrible; pero en los opacos ojos de Esley vio una alegría cruel, comprendió lo mucho que complacía a aquel hombre el verle suplicante, humillado. El comprender esto fue para Bolton como una inyección de vigor. ¡Le querían ver humillado! ¡Pues no! ¡No le verían humillado! Al contrario, le verían muy fuerte. Él les demostraría a todos que un Bolton no se dejaba abatir por la desgracia. La sentencia estaba dictada; ya no podía rectificarse. En tal caso era preferible levantar la cabeza y aguantar el golpe.

-Está bien -dijo Bolton, con una dura sonrisa-. Me ha condenado a una pena inmerecida, Esley; pero le juro que sus palabras van a resultar proféticas y que cuando salga de la cárcel o del reformatorio lo primero que haré será cortarle las orejas y clavarlas en la puerta de este tribunal.

Esley escuchó sonriente aquellas palabras.

-Confirmas mi creencia de que la piedad que contigo se tiene es malgastada; pero yo no he escrito la ley. Me limito a aplicarla.

De esta forma, y cuando sólo tenía dieciocho años, Ralph Bolton fue arrancado de su hogar y encerrado en el reformatorio de Houston. Allí pasó dos años, añorando el aire, el sol, el paisaje de su tierra natal y, sobre todo, la libertad. Allí perdió su alegría juvenil y en dos años envejeció quince. A cambio de todo esto aprendió lo que sólo allí podía aprender: a odiar a la sociedad que le había encerrado en aquel lugar donde se seguía la equivocada táctica de que para reformar las almas no existía método mejor que el de castigar y humillar los cuerpos. La dureza era lo que predominaba. La alimentación era escasa. El trabajo, agotador.

-Mientras trabajan no piensan cosas malas -decía el director del reformatorio.

Cuando al fin las puertas del establecimiento se abrieron para Ralph Bolton, dieron paso a un hombre dispuesto a seguir el torcido camino hacia el cual se sentía empujado.

Si entonces se salvó fue gracias al desastre que debía hundir tantas fortunas y destruir tantos orgullos.

La libertad de Bolton coincidió con los primeros cañonazos de la Guerra de Secesión. El Sur se alzaba contra el Norte. Bolton se vio arrastrado por el torrente guerrero y antes de darse cuenta se encontró vistiendo el gris uniforme y arrastrando el pesado sable de los soldados de caballería. Formó en la brigada de Picket y cargó, siguiendo a su jefe, en la batalla de Gettysburgh. Fue uno de los pocos que volvieron con vida y fue citado por su valor.

Mientras se reorganizaba su escuadrón, Ralph Bolton regresó a San Juan. Y regresó oportunamente, porque si hasta entonces se había tolerado en la población la presencia de Esley, a quien todos sabían simpatizante con el Norte, una desgraciada sonrisa del juez cuando se hizo pública la derrota de la Confederación en Gettysburgh colmó la ira del pueblo y se decidió celebrar la triste noticia con un alegre linchamiento.

En aquel instante Bolton, con los galones de sargento, entraba en San Juan.

-Van a linchar a Esley -le dijo alguien al reconocerlo.

El joven estuvo a punto de encogerse de hombros. ¿Qué le importaba una muerte más, si regresaba de una batalla en la que había visto caer para siempre a dos mil de sus más íntimos compañeros, que ya nunca más cabalgarían a su lado ni lanzarían el erizante grito de guerra del Sur? Realmente no le importaba la ejecución de un hombre en quien todas las noches, mientras estuvo en la cárcel, pensó para no olvidarse de que debía cortarle las orejas. Pero, ¡qué pequeño le parecía su odio al compararlo con la inmensa tragedia que asolaba a la nación entera!

-Dejadle -ordenó secamente a los que arrastraban a Esley hacia el árbol del que colgaba la cuerda que debía acabar con su miserable vida.

El que ordenaba esto era un veterano de la guerra, un hombre de reconocido valor, que había sido felicitado por el propio generalísimo Lee.

No fue necesario más para que Esley viera perdonada su vida. Lo único que hizo Bolton fue ordenarle que abandonase el pueblo, pues allí peligraba su seguridad.

Unciendo a un destartalado carricoche un caballejo tan malo que había escapado a las repetidas requisas ordenadas por el Gobierno, Esley abandonó San Juan y fue a pasar el tiempo que faltaba para la terminación de la guerra en California, adonde llegó milagrosamente indemne.

También Ralph marchó a recorrer el calvario de todos los seguidores de la perdida causa de la Confederación. Terminó la guerra y el Ejército del Sur fue desmovilizado o se desmovilizó por su propia iniciativa. Bolton quitóse la corta

chaquetilla y la guardó, porque en ella estaban cosidos los galones que representaban sus méritos guerreros. Como no le veía ninguna utilidad, regaló el sable a un soldado del Norte que había roto el suyo y que a cambio le entregó un Colt del 45, último modelo salido de la fábrica del famoso armero. Con el poco oro que le quedaba compró una camisa de franela y vestido con ella y con los pantalones del uniforme, y armado con el revólver que le proporcionara su antiguo enemigo y el que había utilizado durante toda la guerra, emprendió la vuelta a Tejas.

¡Qué distinta la tierra que encontró!

¡No parecía ni sombra de lo que había sido antes de la conflagración! El ganado que antes se guardaba en los enormes ranchos había revertido al estado salvaje y estaba prácticamente perdido. Era preciso cazar a los cornilargos bueyes como si fuesen búfalos; pero todo Tejas se entregó animosamente a la tarea de la reconstrucción del Estado.

Un día, el juez Ezequiel Esley regresó a San Juan. Volvía lleno de honores y de poderes. Al cruzarse con Ralph Bolton sonrió torcidamente y declaró:

-Me alegro mucho de verte, Ralph. Veo que has mejorado bastante. No he olvidado lo que hiciste por mí. No, no lo he olvidado.

Y por sus crueles y repulsivos ojos pasó un destello de extraña e inmensa alegría.

Ralph Bolton se encogió de hombros y se apartó. Aquel hombre le parecía una repulsiva alimaña a la que de buen grado hubiera aplastado bajo su pie.

Capítulo II

La heredera del rancho Ortiz

Dolores Ortiz apretó con fuerza los puños y esforzóse por serenar su corazón, que latía desacompasadamente. Luego su mirada buscó la de don César de Echagüe, que le dirigió una tranquilizadora sonrisa y le palmeó cariñosamente la mano derecha. Don Jacinto de Piedrabuena, el viejo notario de San Alfonso del Río Cristales, apartó los gruesos pliegos de papel de barba que tenía delante y, quitándose los lentes de ovalados cristales y montura de acero, declaró:

-Querida Dolores: no creo que sea necesario que te lea todo el testamento de tu padre. Lo que a ti te interesa especialmente es su esencia, y en cuanto a los términos legales, se utilizan sólo para cumplir todos los requisitos de la ley, a fin de que nadie pueda atacar el testamento por ninguna parte. ¿No opina usted lo mismo, don César?

-Claro -suspiró Echagüe, adoptando su eterna actitud de hombre aburrido-. Me parece muy bien lo que dice, pues, con opinión seguramente equivocada, creo que los términos legales o técnicos, o como se llamen, sólo sirven para dar sueño a los herederos y hacerles pasar por alto algún truquito. Díganos lo que, antes de emprender su última cabalgada, decidió don Eduardo Ortiz que debía hacerse con su fortuna, que, si no me engaño, asciende a algo así como un millón y medio de pesos.

-Don Eduardo, gran católico, deja doscientos mil pesos para reparaciones en la misión de San Alfonso del Río Cristales, para obras de caridad, para nuevo edificio escolar y para misas anuales por su alma. Esos doscientos mil pesos representan el total

que excede de la suma total del millón y medio de pesos. Don Eduardo supo aprovechar muy bien los tiempos en que un buey valía hasta quinientos dólares y, además, en unas tierras suyas encontró un pequeño yacimiento de oro, que explotó sin que nadie se enterase. Estas operaciones aumentaron su fortuna y le permitieron renovar todo su rancho y convertirlo en casi el mejor de California, mejorando lo presente -agregó el notario, saludando con una inclinación de cabeza a César-. Don Eduardo fue siempre un carácter muy previsor y debemos reconocer que no estuvo nunca seguro de que su heredera pudiese cargar sobre sus hombros la pesada tarea de dirigir el rancho Ortiz. Con este objeto (y no quiero criticar en absoluto la decisión del que fue mi amigo, a pesar de que la adoptó contra mi consejo) en su testamento nombró un tutor para ti, Dolores, y le concedió unos poderes, acaso excesivos, aunque siempre bien intencionados.

-Don Jacinto, sospecho que si continúa así tendremos que pedirle que nos lea el testamento, pues será más breve su lectura que ese prolongado resumen.

El notario sofocóse un momento y quiso replicar; luego, comprendiendo que el conocido hacendado no andaba exento de razón, replicó:

-Bien, me limitaré a los hechos. Don Eduardo lega a su hija un capital en efectivo de seiscientos mil pesos, más un rancho, tierras y ganados que valen exactamente novecientos mil pesos. Este capital ha de ser administrado por don Ezequiel Esley...

-¡Él! -exclamó Dolores-. ¿El juez Esley?

-El mismo, Dolores. El juez Ezequiel Esley, de San Juan, Tejas.

-¿Quién es ese juez? -preguntó César.

-Un refugiado del Sur, partidario del Norte -explicó el notario-. Fue expulsado de San Juan por sus reconocidas simpatías hacia los yanquis y, huyendo de los que pretendían lincharle, se refugió en California, dando con sus huesos en San Alfonso del Río Cristales y, más exactamente, en el rancho Ortiz, donde pasó unos meses hasta que la terminación de la guerra le permitió volver a San Juan. Don Eduardo intimó mucho con él, cobró gran admiración a su inteligencia y, por último, lo destinó a tutor de su hija. Antes de que el señor Esley se marchara, fueron los dos a mi casa y extendieron el testamento. Por lo tanto, Dolores permanecerá bajo la tutoría del señor Esley hasta cumplir los veintitrés años o hasta el momento en que se case; pero su matrimonio, si se celebra antes de que Dolores cumpla los veintitrés años, necesitará la aprobación del tutor, y si llegara a efectuarse sin ese consentimiento, el señor Esley queda facultado para limitar la herencia de Dolores a una simple renta anual de seis mil pesos.

-¿Es posible eso? -preguntó César de Echagüe, olvidando por un momento su expresión de hombre cansado de la vida y de sus placeres, distracciones y problemas.

-Así está escrito en el testamento y confirmado por los necesarios testigos. No pretendo que sea una medida muy afortunada; pero don Eduardo era un hombre muy firme en sus decisiones y cuando las tomaba lo hacía irrevocablemente. Además, desde el momento de su muerte, Dolores empezará a recibir esa renta de quinientos pesos mensuales para que pueda atender libremente a sus gastos y no se crea en ningún momento humillada por una falsa idea de que ha sido subordinada a las órdenes de un extraño. Debo añadir, Dolores, que don Eduardo decidió esto aceptando una sugerencia mía, que, en honor a la verdad, es preciso hacer constar que fue apoyada por el señor Esley.

-¿Y no puede usted decirnos qué clase de hombre es, en su opinión, el juez Esley? -preguntó César.

El notario se encogió de hombros.

-Parece un hombre honrado, porque de lo contrario no le habrían nombrado juez.

-Eso es tanto como afirmar que por el simple hecho de ser juez un hombre no

puede ser un canalla.

-No, don César; lo único que yo puedo decir es que no sé nada malo ni nada bueno de Ezequiel Esley. Por lo tanto, no tengo por qué acusarle de defectos, ni suponerle excesivas perfecciones. No sé nada de él y, en cambio, debo creer que, al elegirle como tutor de su hija, don Eduardo debía de saber lo que hacía.

-¿No hay nada más en el testamento de mi padre? -preguntó Dolores.

-Hay un detalle más que estoy seguro que te complacerá, Lolita. Cualquier duda que se te presentara acerca de la buena administración de tu tutor, podrá facultarte para solicitar la intervención de don César de Echagüe, a quien tu padre nombra tutor adjunto o, mejor dicho, revisor de la administración de Esley. Una vez al año el señor Esley deberá llamarle y presentarle un estado de cuentas. Si ese estado de cuentas no satisface a don César, él podría solicitar una revisión total de la administración e imponer las reformas que creyera convenientes. Lo único que no puede hacer don César es invalidar a Esley, quien, en el suponer de que administrara equivocadamente la fortuna, siempre podrá presentar la excusa de que ha hecho lo que a su juicio ha sido lo mejor, con lo cual salvaría su honorabilidad.

-Es decir, que mi buen amigo don Eduardo Ortiz me ha nombrado gran rompesobres de su imperio -rió César-. Puedo exigir, puedo reclamar, puedo protestar, puedo llamarle tramposo y todo lo que me venga en gana; pero a cambio de todos esos honores no puedo hacer nada, ¿no es cierto?

Jacinto Piedrabuena sonrió ante las palabras del californiano.

-Aunque lo ha dicho usted un poco exageradamente, en realidad así es. Lo único que usted puede hacer eficazmente es (y para calificarlo emplearemos una frase tal vez demasiado vulgar, pero certera) meter las narices en la administración del rancho y de la fortuna.

-¿Y qué gano yo con eso? -preguntó César, ahogando un bostezo.

Jacinto Piedrabuena miró fijamente a César de Echagüe y replicó:

-Si usted no lo sabe, yo lo sé mucho menos.

-Entonces...

-Un momento, don César -pidió el notario-. Le explicaré lo que hablamos don Eduardo y yo unos meses antes de su fallecimiento. A mi pregunta de que por qué le concedía unos honores tan poco prácticos, don Eduardo me dijo, poco más o menos, esto: «Yo sé bien lo que hago, Jacinto. Tengo plena confianza en Esley y también la tengo en otra persona. Y si llegase a ocurrir lo que no espero, esa otra persona sabría arreglarlo sin necesidad de otra cosa que meter un poco las narices en la administración. No creas que he obrado a tontas y a locas; pero es que hay cosas que no se pueden hacer, so pena de causar disgustos y molestias a quien no los merece.» Y no quiso decirme más. Creo que se refería a usted, don César, aunque por la sonrisa con que acompañaba sus palabras y el tono con que las pronunció casi me hizo pensar en que existía otra persona que podría obrar en la oscuridad o bien surgir en un momento dado con poderes especiales para resolver cuantas dificultades se presentaran.

-Tal vez -replicó César-; pero ignoro quién pueda ser esa persona.

-Confiemos en que saldrá a su debido tiempo o, mejor, confiemos en que su aparición no será precisa.

-Eso es mejor -replicó César, poniéndose en pie-. Si no nos necesita para nada más...

-No, no les necesito. Como ya saben lo que decidió don Eduardo, recibirán los dos copia del testamento. Otra copia será enviada al juez Esley y el original quedará en mi poder. Buenos días. Dolores, si en algo más puedo serte útil...

-Gracias, don Jacinto. De momento no creo que le necesite.

Acompañada de César de Echagüe, la joven salió de casa del notario y al llegar

a la calle subió a un cochecillo de negra capota, tirado por dos viejos caballos blancos. César se acomodó a su lado y dejó que la muchacha le condujera hasta su rancho.

El rancho Ortiz se levantaba en lo alto de una suave colina en las tierras de San Alfonso y era cruzado por el río Cristales. Los primeros Ortiz plantaron en torno al amplio edificio de adobes unos cincuenta robles, a quienes el tiempo había dado majestad y reciedumbre y que parecían proteger con sus gruesos troncos la blanca casa de una sola planta.

Sentados en cómodos sillones de mimbres y separados por una mesita sobre la que se veía un gran jarro de agua con limón, refrescada con nieve que traían en invierno de la sierra, y que se guardaba en un hondo pozo, al estilo impuesto muchos siglos antes por los árabes en España, estaban Dolores y don César.

-¿Qué opina usted del testamento de mi padre? -preguntó Dolores, al cabo de varios minutos de silencio.

-Estoy seguro de que tu padre hizo lo que juzgó más conveniente para tus intereses, Lolita -replicó César.

-Pero, ¿estuvo acertado?

-Ésa es una pregunta muy difícil y que en distintos aspectos se viene repitiendo desde hace muchos siglos. Generalmente, cuando un hombre hace una elección, se fía de lo aparente. Un monarca elige a un general que jamás se ha destacado en nada y lo coloca al frente de sus ejércitos. Ese general puede triunfar en la guerra y entonces todos afirmarán que el monarca anduvo acertado. Podrá ser vencido, y todos dirán que su derrota era lógica, porque jamás se había destacado como conductor de masas, y que las virtudes entrevistas en él fueron un espejismo engañoso. Tu padre debió de elegir a ese Esley por las virtudes que creyó ver en él. En cuanto a si esas virtudes son reales o no, eso el tiempo lo dirá. A ti no te es simpático Ezequiel Esley, ¿verdad?

-No, no me lo es.

-¿Porqué?

-Es un hombre frío que jamás se emociona por nada...

-Para ciertas cosas, un carácter así es el mejor.

-Además, es un hombre falso.

-¿En qué te fundas para decir eso?

-Pues en que al dar la mano lo hace como si tendiera un mal pingajo.

-Ése no es motivo para opinar mal de una persona. Seguramente Esley será un administrador perfecto. Ya verás cómo el tiempo demostrará que tus dudas son equivocadas.

-Pero eso de que yo tenga que depender de él en la elección de mi marido...

-Tu padre debió de querer librarte de un casamiento precipitado, Lolita. Eres riquísima y al olor de tu fortuna acudirán muchos roedores de oro. Tú, debido a lo joven que eres, podrías dejarte engañar por lo que se te ofrecería bajo el aspecto de amor y que en realidad sólo sería interés. Tu tutor verá más claro que tú y podrá guiarte. Luego, cuando dentro de cinco años hayas cumplido los veintitrés, estarás en mejores condiciones para elegir marido, y entonces serás tú quien podrá decidir tu futuro.

-Estoy ahora tan capacitada para elegir marido como pueda estarlo dentro de cinco años.

César sonrió.

-No, chiquilla; eso no. Desde los quince años la juventud se cree en posesión de toda la inteligencia del mundo y de toda la capacidad posible para la elección de marido o de mujer, en el caso de los hombres. Viene luego el curso de los años y todos vemos lo equivocados que estuvimos al creernos ya supersensatos.

-Yo soy distinta -afirmó Dolores, irguiendo la cabeza.

-Tal vez lo seas; pero, de todas formas, aún serás más distinta dentro de cinco años. Ten confianza en tu tutor y empieza a perderla cuando los hechos te demuestren que debes hacerlo. Entretanto, espera. ¿O es que existe algún hombre que...?

-No, no existe ningún hombre; pero le aseguro, don César, que si llega a existir no me importaría perder por él toda mi fortuna.

-En un caso así no bastaría sólo tu deseo; habría que consultar también el suyo.

-¿Cree que no puedo ser amada sólo por mí?

-Lolín, eres lo suficientemente hermosa para que seas amadas exclusivamente por tu hermosura; pero no debes olvidar que eres dueña de una gran fortuna y que los hombres que se acerquen a ti lo harán teniendo en cuenta esta fortuna. Un hombre pobre y honrado no se atreverá a declararte su amor por miedo a que le creas interesado en tu riqueza; de la misma forma que ningún simple mortal se atreverá a enamorarse de una princesa, porque, por muy bella que la crea, no podrá dejar de tener en cuenta la diferencia de clases. Es muy posible que se acerquen a ti aventureros que, fingiendo una posición elevada, soliciten tu mano. Tú podrás dejarte engañar y caer en sus lazos. Tu tutor, más frío y sereno, podrá ver la verdad.

-¡Habla usted como todos los viejos, don César! ¿Por qué se creen en posesión de la verdad?

-Por la sencilla razón de que continuamente vamos aprendiendo en nuestros errores, y aunque no haya nadie, si es inteligente, que se crea supremamente sabio, en cambio, sí puede darse cuenta de que son muchos los errores que ha ido dejando atrás. Si alguna vez te asaltan dudas o te enfrentas con problemas de difícil solución, acude a mí. Tal vez yo pueda ayudarte.

Dolores Ortiz dirigió una profunda mirada a César y, después, movió la cabeza, murmurando:

-Tal vez acuda a usted.

-Ahora no piensas acudir nunca; pero no olvides lo que voy a decirte: Yo nunca trataré de humillarte diciendo que tal o cual suceso fue ya previsto por mí. Si sufres un desengaño, te consolaré y te ayudaré a rehacerte del golpe que hayas podido recibir. Y si creo que debo ayudarte incluso contra los dictados de tu tutor, lo haré.

Dolores guardó silencio y, por último, preguntó:

-¿En qué otra persona pudo pensar mi padre?

-A eso no puedo contestarte; pero tal vez... tal vez algún día te pueda decir en quién pensaba.

-¿Por qué no ahora?

-Porque no me gusta ser profeta y equivocarme. Es más práctico aguardar el curso de los acontecimientos. Adiós, Lolita. Debo volver inmediatamente a Los Ángeles.

Cuando se alejaba del rancho Ortiz, César de Echagüe recostóse en el asiento del coche y dejó vagar por sus labios una extraña sonrisa; luego, a media voz, murmuró:

-Eduardo Ortiz, fuiste un gran sinvergüenza. Nunca creí que hubieras adivinado quién era *El Coyote;* sin embargo, tu hija tendrá, si la necesita, la ayuda del *Coyote.*

Después de esto hizo restallar el látigo sobre la cabeza de los dos caballos, que emprendieron un alegre trote en dirección a la cercana ciudad de Los Ángeles.

Capítulo III

Los proyectos del juez Esley

Ezequiel Esley pasó lentamente la mano, como si lo acariciase, por encima de la copia del testamento de Eduardo Ortiz. De buen grado habría expresado a gritos su entusiasmo. Además de la satisfacción material, estaba la moral. No sólo iba a ser, prácticamente, el dueño de una inmensa fortuna, sino que, además, sería una figura principalísima en la rica California.

Muy poco se había imaginado Esley al tener que huir de Tejas empujado por la guerra civil que su emigración forzada iba a dar tan buenos frutos. Tampoco se imaginó al refugiarse en el rico rancho Ortiz que antes de dos años la hacienda pasaría a sus manos por obra del estrafalario don Eduardo, de quien tantas *latas* había soportado.

-Creo que si vivo dos meses más con él hubiera acabado llamándole imbécil -sonrió-. Por fortuna la guerra se acabó antes que mi paciencia.

Abriendo el testamento comenzó a repasar diversas cláusulas. De cuando en cuando murmuraba algunas palabras como éstas:

-Mil pesos oro mensuales por mi trabajo durante cinco años y, además, todos los gastos de manutención y vestido cubiertos.

O bien:

-Libertad para vender las tierras que yo crea convenientes, siempre y cuando adquiera otras mejores que compensen las pérdidas o las superen.

Indudablemente Ortiz estaba loco.

Lentamente un audaz plan de acción se formó en su cerebro.

-Ante todo, debo ir a hacerme cargo de la herencia y comprobar exactamente a cuánto asciende.

Soltando una carcajada, exclamó de pronto:

-Esto va a ser como manejar salvado con las manos untadas de manteca. Aunque quisiese no podría evitar llenarme las manos de oro.

Como lo principal era disponer el viaje, el juez se puso en pie y, guardando en un cajón el testamento, marchó a ordenar los preparativos para el largo viaje.

Al llegar a la agencia de la diligencia, vio a Ralph Bolton que avanzaba por la calle empujando ante él unos quince bueyes cornilargos viejos, sólo aprovechables por sus cueros. Eran animales salvajes, de mirada centelleante, dispuestos, a la menor provocación, a cargar sobre hombres, bestias o cosas. A todos se les podían contar los huesos y hubieran necesitado muchos cientos de kilos de alfalfa para estar pasablemente gordos.

Ezequiel Esley conocía ya la actual ocupación de Bolton, que, al fin y al cabo, era la de todos los tejanos que habían regresado del ejército confederado después de la victoria del Norte. Al volver a sus hogares se encontraron con que todo estaba destruido. No por la acción de la guerra, que sólo tuvo en aquellos lugares ligeras repercusiones, sino por la falta de hombres capaces de trabajar la tierra y cuidar de los ganados que, vagando por los pastos, retornaron, poco a poco, a su estado natural de

selvatiquez.

Menos de mil ranchos se hubieran encontrado en la inmensa extensión de Tejas conservando sus reses en orden. Y aun ese resultado se obtuvo gracias al trabajo incansable de las mujeres. El resto de la que fue república independiente presentaba un aspecto desolador. Los corrales de los ranchos aparecían con las cercas derrumbadas, las casas en ruinas, los sembrados de alfalfa y maíz invadidos por las plantas parasitarias; los pozos artesianos en completo descuido, los heniles abatidos por las tormentas, muchas haciendas fueron destruidas por los incendios naturales o los provocados por los pieles rojas. Sólo una raza como la tejana. que tanta sangre española llevaba en las venas, hubiera sido capaz de emprender la reconstrucción con el brío con que la emprendieron aquellos hombres que regresaban a sus pueblos con la amargura de la injusta derrota en los labios. Todos habían luchado heroicamente y si sólo hubiese contado el valor, los tejanos hubiesen ganado la guerra; pero durante más de cuatro años se enfrentaron con un imposible y al fin resultaron derrotados por la potencia industrial del Norte.

Una de las primerísimas tareas a que se lanzaron los tejanos fue la de rescatar los animales en estado salvaje. Aquellos cornilargos que galopaban, como caballos, por las praderas, de duro pellejo, sobrados de huesos y de cuernos y faltos de grasa, eran casi un peligro, y aunque no hubiese sido más que para terminar con él, se hubiera tenido que capturarlos.

En algunos puntos del golfo de Méjico se compraban ya a bajo precio aquellos animales para utilizar su piel y sus huesos. Y como ya nadie sabía a quién pertenecían, pues las marcas estaban medio borradas y, además, en aquellos años habían nacido muchos, se declararon de propiedad pública, y todo tejano que tuviese un caballo y una cuerda podía lanzarse a cazarlos y a marcarlos con sus hierros.

Ralph Bolton fue de los primeros en entregarse a aquel trabajo. De un pariente lejano heredó un mal rancho y después de reparar como pudo y supo el pozo artesiano, cultivó alfalfa, y cuando la primera cosecha estaba a punto tenía ya medio centenar de bueyes de cuernos musgosos, o sea, animales viejos en la base de cuyos anchos cuernos crecía un a modo de verdoso musgo que acusaba la extremada vejez de los animales, sólo utilizables como piel y huesos. De entre ellos separó Bolton los más jóvenes y los instaló en un corral aparte.

-¿Cómo va la caza, Bolton? -preguntó Esley al joven.

Bolton no podía dominar la profunda repulsión que sentía por el juez Esley; sin embargo, su situación, como la de los demás tejanos, no era tan buena como para enemistarse con un personaje que entonces era todopoderoso en San Juan.

-Regular, señor juez -replicó el joven-. Tengo ya casi cien bichos de éstos. Y he descubierto un lugar donde podré cazar diariamente tantos como llevo hoy. Si no se asustan y escapan, pronto tendré suficientes animales para emprender un viaje al golfo.

Esley se acarició la barbilla y por sus ojos pasó un destello de astucia.

-Quisiera hablar contigo sobre esos animales -dijo-. Quizá pudiéramos hacer algún negocio.

Bolton guardó silencio, esperando que Esley se explicase mejor. El juez montó en su caballo y se colocó a la altura de Bolton, marchando los dos detrás de los animales.

-¿Cuánto te pagan en el golfo por tus cornilargos? -preguntó Esley al cabo de unos minutos.

-No he llevado aún ninguna manada; pero sé que pagan hasta quince dólares por cada uno. Claro que el precio ese es el más alto, y el más corriente no pasa de los diez.

-El ganado de California se cotiza a precios más elevados, ¿no?

-Desde luego. Hasta se pagan sesenta dólares por un buey. Pero son otros bueyes.

-Claro. ¿Te considerarías capaz de llevar una manada de cornilargos hasta California si te prometiera pagártelos a treinta dólares cada uno?

Bolton miró suspicazmente a Esley.

-Treinta dólares son muchos dólares por semejantes animales -dijo.

-Ya lo sé; pero el viaje hasta California no tiene nada de fácil, Bolton. Son muchas las dificultades y los obstáculos a vencer.

-¿Y de qué pueden servir en California unos animales como éstos?

-En este mundo todo se puede aprovechar. A veces las cosas que en un sitio se tiran en otro se aprovechan ventajosamente. Te estoy muy agradecido por lo bien que te portaste conmigo en cierta ocasión. Tengo la oportunidad de ofrecerte un buen negocio y prefiero que seas tú quien lo realice. Yo debo marchar a California para un importante asunto. Antes de partir te entregaré dos mil quinientos dólares. Con ellos podrás vivir unos meses, que emplearás en ir reuniendo animales de ésos. No me importa la cantidad que reúnas. Todos te los compraré, a condición de que me los entregues en California. No creo que puedas formar una manada de más de cinco mil; pero si llegases a ese número, ganarías ciento cincuenta mil dólares, de los cuales más de la mitad sería beneficio neto.

Bolton reflexionó unos instantes sobre las palabras de Esley. Si conseguía reunir una suma como aquélla podría realizar su sueño dorado: comprar por poco precio tierras abandonadas y transformarlas con su trabajo en ranchos magníficos, en los cuales criaría excelentes bueyes Hereford, de cara blanca, de fácil engorde y que, si su instinto no le engañaba, serían, con el tiempo, la base de la futura gran riqueza de Tejas.

-Creo que aceptaré -dijo al fin.

-Y harás muy bien, Bolton -declaró el juez-. Ahora te dejo, pues debo preparar mi viaje. Esta noche ve a verme y te entregaré el dinero. En mi pequeño rancho tengo almacenadas mil balas de alfalfa seca. Te las cedo a cinco dólares cada una. No las encontrarás más baratas en todo Tejas. Con ese pasto podrás alimentar al ganado que vayas reuniendo y así no perderás el tiempo que necesitas para cazar bueyes. Luego, cuando liquidemos, me pagarás la alfalfa.

Animándose ante la perspectiva del gran negocio a realizar, Esley agregó con alegre sonrisa:

-Tú y yo haremos grandes negocios. Quién lo hubiese dicho hace ocho años, ¿verdad?

Viendo la sombra que pasaba por el rostro de Bolton, Esley se apresuró a agregar:

-Olvida el pasado. Te aseguro que nada de cuanto hice lo realicé por animadversión particular contra ti. Fue mi especial manera de entender mi deber, Bolton. Hasta la noche.

Los dos hombres cambiaron un apretón de manos, que por parte del juez fue, por vez primera, enérgico como el de un vaquero. Si acaso faltó en uno de los dos algún entusiasmo fue en Ralph Bolton, que no podía olvidar los años pasados en el correccional.

Al día siguiente, al emprender el viaje a California, vía Méjico, Esley iba haciendo deliciosos planes. Por fin, la suerte le favorecía.

Si en algún momento pensó en Dolores Ortiz no fue para sentir ningún remordimiento. ¿Por qué? Era lo bastante rica para que la pérdida de una buena parte de su fortuna no la afectase en lo más mínimo. Y, además, si él conseguía buscarle un marido y hacérselo aceptar, de aquel hombre podría obtener nuevos beneficios. Tal vez

el mismo Bolton sería un elemento ideal para sus planes.

Capítulo IV

Encuentro bajo el árbol sin sombra

Una como nube de amarilla niebla avanzaba a ras de tierra por el desierto, elevándose lentamente y disolviéndose a quince o veinte metros del duro suelo sembrado de grisáceos manchones de resecas matas que ya parecían haber nacido muertas.

Seis hombres cabalgaban a ambos lados y detrás de la nube, y precediéndoles iba, cabeceando como un navío en mar difícil, una galera de fuertes ruedas y blanco toldo. La nave destinada a cruzar aquel mar de piedra era la residencia del cocinero, y detrás iban atados unos siete u ocho caballos.

A cada traqueteo, de la galera desprendíase el polvo acumulado en ella durante los largos días de viaje a través de Tejas, Nuevo Méjico y Arizona.

Desde su puesto de conductor de la manada, Ralph Bolton abarcó el ganado. No podía dársele el nombre de brillante ni de que su estado fuese bueno. Los animales, todos viejos, salvajes, huesudos, eran un exponente de la baja calidad que habían alcanzado en aquellos años de descuido. Gran parte los había reunido Bolton mediante su esfuerzo. Los demás los cazó con la ayuda de los hombres que le acompañaban, a excepción de unos quinientos que compró a bajo precio. En total la manada había sido, en un principio, de unos cinco mil seiscientos animales; pero durante el viaje habíase ido reduciendo y en aquellos momentos no pasaba de cuatro mil ochocientos. Suponiendo que sólo llegaran cuatro mil, aún ganaría lo suficiente para considerar aquello como un buenísimo negocio.

Mientras cabalgaba lentamente, siguiendo el cansino paso de los animales, Ralph Bolton iba reflexionando sobre los posibles proyectos del juez Esley. ¿Para qué podía necesitar aquellos animales? Y sobre todo, ¿para qué podía necesitarlos en California? Al fin, se encogió de hombros y dejó para otro momento la solución de aquel problema. Al fin y al cabo, no era cuenta suya lo que pensara hacer Esley.

El joven clavó la mirada en los ya próximos picachos de San Jacinto, cubiertos de eternas nieves que prometían un violento contraste con el desierto que había sido el último obstáculo importante en el penoso camino. El Valle de Coachella quedaba atrás. Palm Springs, donde el ganado se repuso de las penalidades sufridas, también quedaba atrás, y por el paso de San Gorgonio penetrarían en las ya mejores tierras, donde si algún animal se perdía sería más por la acción del hombre que por la dificultad del terreno. Luego vendría el ascenso hacia Los Ángeles y la entrega de las reses a los hombres que enviaría Esley.

Aquella noche, al fin, dejando a la izquierda el Pico de San Jacinto y viendo a lo lejos, a la derecha, el Pico de San Gorgonio, se acampó en un territorio surcado por infinitos arroyos, de tierra húmeda, herbosa, cubierta de flores de suave caricia, tan distintas de las que vieron crecer en los cactos y mezquites del desierto, cuya hermosura quedaba anulada por las espinas que las rodeaban.

Cinco días después llegaban a Pomona, meta fijada por Esley para la terminación del viaje. Reuniendo a sus hombres, Bolton anunció:

-Tendréis que aguardar aquí unos días en tanto que yo voy a entrevistarme con el comprador. Ordenad bien el ganado y contadlo lo más exactamente posible.

Dos días después de separarse de su gente, Bolton entraba en San Alfonso del

Río Cristales. Nunca había sido aficionado a beber demasiado alcohol, pero tampoco rechazaba una copa cuando la ocasión lo exigía. Y pocas ocasiones más indicadas que aquella que representaba la culminación de un penosísimo viaje a través de los peores desiertos del Sur y del Norte de América. Dejando su caballo atado ante la taberna que ostentaba el marítimo nombre de «La Sirena», Bolton entró en el local y pidió, ante todo, un gran vaso de agua.

-Para empujar abajo el barro -explicó al tabernero.

Luego llenó un par de vasitos de whisky y los vació lentamente.

-¿Viene de muy lejos? -preguntó el tabernero.

-De bastante lejos -replicó Bolton.

-Los pantalones son tejanos -sonrió el propietario del local, señalando los característicos pantalones a rayas grises y negras, y las más características botas, con la estrella en la parte superior delantera.

-Seguro -admitió Bolton-; pero no tengo interés en explicarle adonde voy ni de dónde vengo.

-Veo que viene de lejos; pero en California somos bastante curiosos. Mucho más que en Tejas. Tal vez porque aquí es menos peligrosa la curiosidad.

Bolton se echó a reír y tiró un dólar de plata sobre el mostrador, guardó el cambio y abandonó lentamente el local, seguido por la curiosidad del tabernero y de algunos de los pocos clientes que se encontraban aquella mañana allí.

Al salir de la taberna Ralph Bolton iba tan distraído que estuvo a punto de tropezar con una mujer que pasaba frente al establecimiento. Al contenerse dio un paso en falso y casi cayó al suelo. Durante un par de segundos osciló como una pila de platos demasiado alta y al fin, para no caer, tuvo que apoyar una mano en el hombro de la mujer que estaba ante él.

-¡Borracho! -dijo, despectivamente, Dolores Ortiz, apartando la cabeza de la bocanada de vapores alcohólicos que la asaltó. Luego, con un brusco movimiento, apartó la mano de Bolton.

Éste, recobrada ya la estabilidad, miró asombrado a la joven. Era la primera mujer que encontraba merecedora de este nombre desde su salida de Tejas. Era la única cara bonita que había hallado en todas las interminables semanas transcurridas desde que abandonó San Juan, y ciertamente, no podía enorgullecerse de cómo le había acogido su propietaria.

Por su parte, Dolores vio ante ella a un hombre de camisa destrozada y sucia de sudor y polvo, de sombrero deforme, de pantalones mal remendados, de botas sin lustre, de chaleco desgarrado y cuya única nota de limpieza y cuidado eran los dos revólveres que pendían de su cinturón canana. Un descolorido pañuelo aparecía anudado en torno a su cuello y las tres cuartas partes de su rostro desaparecían tras una enmarañada barba de mes y medio. Si a esto se añadía el hálito de licor que emanaba del para ella desconocido, no es de extrañar su reacción.

Antes de que Bolton pudiera decir nada, Dolores dio media vuelta y reanudó su marcha. A pesar de vestir un sencillísimo traje de percal y de cubrirse la cabeza con una papalina de la misma tela, estaba tan bonita que el tejano la siguió con admirativa mirada. Sólo cuando estuvo a casi medio centenar de metros de él y la vio entrar en un importante almacén general se dio cuenta Ralph de que no había pronunciado ni una palabra y de que había dejado escapar a aquella linda mujercita con la impresión de que había estado frente a un vulgar borracho.

Una alegre sonrisa abrióse paso a través del abundante vello de su rostro y al mismo tiempo llegó a una decisión.

-Si he asustado a esa niña, también asustaría a cualquiera -murmuró Bolton-. Será cosa de cambiar un poco de aspecto.

Hundiendo la mano en el bolsillo donde guardaba el dinero sacó una cartera atada con un cordón de cuero y contó los billetes que aún le quedaban.

-Hay bastante -dijo.

Recorrió en un momento con la mirada la calle principal de San Alfonso y no tardó en descubrir lo que le interesaba: una sastrería y una barbería adjuntas a una casa de baños.

Cruzando la calle entró en la primera y, tras una ligera discusión con el mejicano propietario de la sastrería, eligió unos pantalones nuevos, unas botas también nuevas, ropa interior, camisa, sombrero y un chaleco de cuero, así como un nuevo pañuelo para el cuello y otros dos para el bolsillo.

-Empaquételo todo -encargó-. Antes de vestirme quiero bañarme.

Cargado con el paquete que contenía la ropa nueva y llevando en la mano el blanco Stetson que acababa de adquirir, Bolton salió a la calle y entró en el establecimiento de baños. No era, desde luego, un local digno de competir con las famosas termas romanas, y la bañera era simplemente medio gran barril, cuya otra mitad debía de servir para el mismo fin en otra parte del establecimiento. Pero lo importante era el agua caliente y el jabón, y como de ambas cosas había abundancia, Bolton se sintió al cabo de una hora un hombre enteramente nuevo y feliz, aunque no pudo dejar de sentir cierta vergüenza al contemplar el agua que quedaba en la *bañera* y cuyo tinte era una acusación casi palpable.

Vestido con el traje nuevo, y dejando las prendas viejas como regalo al chino que le había ayudado a quitarse tanta mugre, Bolton pasó a la barbería, donde se despojó de la enmarañada barba, de gran parte de su cabellera, y de la cual salió fresco y perfumado, completamente distinto al que había entrado allí.

Llevando su caballo a una cuadra que le fue indicada por el peluquero, lo hizo lavar y arreglar, y entretanto buscó la casa donde le había citado Esley.

El juez, que había logrado su traslado de Tejas a California y que ejercía ahora su cargo en San Alfonso, le saludó cordialísimamente.

-Me alegro de verle, Bolton -dijo-. Llega en el día y la hora prometidos. ¿Cómo fue el viaje?

-Bien. Tengo el ganado en las afueras de Pomona.

-¿Cuántos animales han llegado? -preguntó ansiosamente el juez.

-Pasarán algo de los cuatro mil quinientos, aunque en realidad al llegar a Pomona calculé que teníamos unos cuatro mil setecientos. Desde luego, no espere recibir bestias en muy buen estado.

-No importa, no importa -declaró Esley-. Lo verdaderamente importante es que haya llegado. Supongo que necesitarás dinero, ¿verdad?

-Tengo que pagar a los vaqueros que me han acompañado. Son seis y les prometí un total neto de mil dólares a cada uno. Ya sé que es mucho; pero elegí a los mejores hombres que había disponibles. Lo que he hecho con ellos no lo habría podido realizar con quince vaqueros corrientes. Merecen los mil dólares.

-Desde luego, desde luego -sonrió Esley, que parecía muy satisfecho-. Te acompañaré a Pomona y en cuanto vea el ganado te entregaré diez mil dólares a cuenta, y es posible que contrate a tus hombres para otro trabajo. Ahora vete al Hotel California y aguárdame allí. Dentro de cuatro horas te iré a buscar y emprenderemos el viaje a Pomona.

Cuando Bolton salía del despacho de Esley se cruzó con Dolores Ortiz. La joven le miró un momento, pero sin reconocer en él al «borracho» con quien había tropezado un par de horas antes. Bolton quiso decirle algo, pero la muchacha parecía tener prisa y antes de que el vaquero pudiese hablar penetró en el despacho particular de Esley, sin tomarse la molestia de anunciar su visita.

-Buenos días, Lolita -saludó Esley poniéndose en pie al ver entrar a su pupila-. Llegas en buen momento.

-¿Ocurre algo? -preguntó Dolores.

-No, nada malo; sólo quería anunciarte que hoy me marcho para ultimar los detalles de una venta de ganado inferior y adquirir en cambio una partida de mejor calidad. Estaré unos cuantos días fuera. ¿Necesitas algo?

Dolores expuso el insignificante motivo de su visita. Había empezado a comprar sin límite, olvidando que sus disponibilidades de dinero estaban limitadas.

-Cuando me di cuenta de lo que había gastado, vi que no podía pagarlo, pues sólo saqué veinticinco dólares de casa. Necesito quince más.

Ezequiel Esley abrió el cajón central de su mesa y tendió veinte dólares a la joven.

-¿Tienes bastante? -preguntó.

-Sí, desde luego. ¿Cuándo se marcha?

-Esta tarde o esta noche. Seguramente no nos veremos.

Cuando la joven hubo salido, Esley sacó de otro cajón un gran libro de caja y anotó la entrega del dinero. Si alguna vez el botarate de don César de Echagüe quería examinar los libros, los encontraría en perfecto orden, pues hasta el último centavo que se gastaba era anotado por él en el correspondiente libro, y de esa forma su actuación como tutor quedaría como modelo de irreprochable administración.

Al llegar a este punto, Esley soltó una carcajada y cerrando el libro lo guardó; luego, poniéndose en pie, alcanzó el sombrero de copa que tenía sobre una mesita llena de legajos y libros y abandonó su despacho, cerrándolo con todo cuidado.

Tres horas después Ralph Bolton era arrancado de un profundo sueño por la noticia de que el señor Esley deseaba verle. El joven se lavó la cara, arrancándose el sueño que tenía aún prendido en los ojos y descendió al vestíbulo, donde le esperaba el sonriente Esley, cuyo aspecto era el de un hombre muy satisfecho.

-Ya está todo arreglado, Bolton -anunció Esley-. El ganado ha sido aceptado y debes llevarlo a San Francisco. Ya sé que es un viaje un poco largo y difícil; pero el precio de venta será mejor allí que en Los Ángeles. Bordea la ciudad por el norte y alcanza la carretera de la costa. Deberás antes detenerte cerca del rancho Ortiz y recoger una partida de ganado que ya se te tendrá dispuesta. Se trata de unas cinco mil cabezas de excelentes reses.

-¿Y quiere que con seis hombres conduzcamos nueve o diez mil animales?

Esley sonrió ante el horror de Bolton.

-Nada de eso. Tú y tus hombres retiraréis ese ganado, ayudados por los vaqueros del rancho. Mientras tanto puedes contratar quince o veinte mejicanos y dejarlos que cuiden de los cornilargos.

-¿Por qué no dejar que ellos se lleven el otro ganado? -preguntó suspicazmente el joven.

-Por una razón muy sencilla. En todo California sólo existe un hombre para quien los cornilargos esos tengan un valor. Para los demás esos bueyes son una plaga, pues cada uno de ellos come lo que bastaría para alimentar a tres bueyes de otra raza; no engordan y apenas si valen lo que los cuernos, huesos y pellejos. Nadie sentirá tentaciones de robar esos animales. En cambio, si encomendara la tarea de conducir a los otros bueyes a gente de poca confianza, podría encontrarme con que me desaparecían casi todos, ¿comprendes?

-Desde luego -asintió Bolton-. ¿Y desde cuándo se dedica usted a ganadero?

Esley sonrió torcidamente.

-Desde que vi que así podría hacerme rico -contestó-. Me he asociado con otras personas y hemos fundado la Astoria Packing Company, o sea la A. P. C. Por cierto,

que para los trámites a efectuar tú representarás a la compañía. He extendido ya la documentación y al retirar el ganado del rancho Ortiz firmarás los comprobantes.

Esley notó que Bolton iba a oponer algún reparo y se apresuró a interrumpirle llevando la mano al bolsillo interior de la levita y sacando una cartera repleta de billetes de banco.

-Toma los diez mil dólares que te prometí -dijo-. Con esto podrás pagar a tus hombres y añadir un pico más por el trabajo complementario. Cuando entregues el ganado pasaremos cuentas y te prometo que no te arrepentirás de haber trabajado conmigo. Ten la seguridad de que tú y yo haremos grandes negocios. ¡Quién tenía que imaginar que algún día...! ¡Esta vida nos tiene reservados un sinfín de sorpresas! Ahora emprendamos la marcha hacia Pomona.

Cuando al día siguiente, tras un rápido viaje a caballo, los dos hombres llegaron donde estaba reunido el ganado, Esley examinó, satisfecho, las reses.

-Buen trabajo -declaró-. No se puede decir que sean unos ejemplares maravillosos, desde luego; pero creo que valen los treinta dólares en que fijamos su precio. Creo que podremos empezar a hacer cuentas. Calculamos que el total de cornilargos es de cuatro mil quinientos, o sea que su precio total será de ciento treinta y cinco mil dólares. Te pago las reses a un precio muy elevado y, por lo tanto, no puedo exponerme a pagarte lo que ahora tienes, sino que debo limitarme a pagarte lo que seguramente entregarás. De aquí a San Francisco se perderá más de un animal. Yo te he entregado en dinero efectivo dos mil quinientos dólares en San Juan y diez mil en San Alfonso, o sea doce mil quinientos. Además, te entregué cinco mil en balas de alfalfa. ¿Las utilizaste?

-Todas. Una parte la empleé como alimento y el resto lo vendí para sufragar los gastos de la expedición. Con el dinero que me dio no hubiese tenido bastante.

-No es necesario que des explicaciones. Aquellas balas de alfalfa no las contaremos como entregadas. Serán una especie de bonificación por el mayor recorrido del ganado y por el trabajo del rancho Ortiz. Por consiguiente, de los ciento treinta y cinco mil dólares habrá que descontar los doce mil quinientos. Supongo que te quedarán, por lo menos, unos ciento veinte mil dólares netos, ¿no?

-Algo así -declaró Bolton.

-¿Buen negocio?

-Excelente.

-Haremos otros aún mejores. Ya lo verás.

Durante más de una hora Esley estuvo explicando a Bolton lo que debía hacer. A la mañana siguiente se pondría en marcha y al cabo de cuatro días retiraría las reses del rancho Ortiz, que entregaría en San Luis Obispo, en nombre de la A. P. C, recibiendo una orden de pago sobre San Francisco por un total de trescientos treinta y ocho mil quinientos dólares. A continuación seguiría el viaje a San Francisco con todos los vaqueros y allí encontraría a Esley, que se haría cargo del ganado y de la orden de pago, recibiría los ciento veintidós mil quinientos dólares suyos y aguardaría a recibir las instrucciones de su jefe.

A la mañana siguiente Bolton y Esley se separaron. El juez regresaba a San Alfonso del Río Cristales y el joven emprendía también la marcha hacia allí, aunque a una velocidad más reducida.

Al cabo de cinco días, y con algún retraso sobre lo previsto, Bolton y sus seis vaqueros llegaban al rancho Ortiz. En uno de los enormes cercados aguardaban cuatro mil seiscientos animales marcados con el hierro del rancho, o sea una R y una O. Dejando a sus hombres que se encargaran de ir sacando los magníficos animales, Bolton, atraído por la magnificencia de las tierras aquellas, empezó a pasear por allí y, alejándose poco a poco de los corrales, ascendió por una suave colina y llegó a la vista

de la casa principal, rodeada por los magníficos robles. Desmontando siguió adelante llevando de las riendas a su caballo, y al pasar junto a un viejísimo roble, padre de los que rodeaban la casa, se detuvo. El sol caía a plomo sobre la tierra y ninguna sombra se alargaba. Era el mediodía, y tratando, sin duda, de defenderse del sol y del calor, una mujer estaba sentada debajo del majestuoso roble. En sus manos se veía un grueso libro.

-Buenos días, señorita -saludó Bolton, deteniéndose a pocos pasos de la joven.

Aunque le había oído llegar, Dolores hizo como si hasta aquel momento no hubiese advertido su presencia.

-Buenos días -replicó secamente.

Dejando a su caballo suelto, Bolton se, acercó y, apoyándose en el grueso tronco del árbol, preguntó:

-¿No me recuerda usted?

Dolores le miró un momento y, fríamente, replicó:

-No le he visto nunca.

-Perdone que la contradiga, señorita. Nos hemos visto dos veces en muy poco tiempo. La primera vez me llamó usted borracho. Dos horas más tarde ni me reconoció. Fue en San Alfonso, la semana pasada. Yo tropecé...

-¿Era usted aquel... borracho? -preguntó asombrada Dolores.

-Yo mismo; pero no estaba borracho, señorita... Di un traspiés y usted imaginó que me tambaleaba a causa del alcohol que tenia en el cuerpo.

-Olía usted...

-Acababa de beber dos copas de whisky, y no del mejor ciertamente; pero de eso a estar borracho existe un abismo.

-¿Y cuándo nos volvimos a ver? -preguntó Dolores, interesada a su pesar-. No recuerdo...

-Cuando tropecé con usted llegaba yo de un viaje de casi dos meses a través de desiertos y montañas. No había tenido en todo ese tiempo la oportunidad de afeitarme y admito que mi aspecto no era muy recomendable. Cuando se conduce una manada de cinco mil cabezas, toda el agua que se encuentra es poca y no puede malgastarse en mejorar el aspecto físico de uno.

-¡Oh! Entonces... le insulté...

-No, porque usted se limitó a expresar su opinión. Me hubiera insultado si creyéndome sereno me hubiera llamado borracho. Además, se dice con mucha razón que manos blancas no ofenden.

-¿Y qué hace usted aquí?

-He venido a recoger una partida de ganado.

-¿Cuándo nos vimos por segunda vez? Supongo que entonces iría usted afeitado y limpio, ¿no?

-Claro. Fue en la oficina del juez Esley. Yo salía y usted entraba.

Dolores hizo un esfuerzo por recordar.

Al fin movió negativamente la cabeza y, sonriendo con toda su bella dentadura, aclaró:

-Deberá perdonarme, pero no me fijé en usted. Tal vez porque resultaba más curioso tal como iba antes. ¡Sobre todo, las barbas!

-Si supiese que así debía despertar su interés, no me afeitaría en un año -aseguró Ralph.

Otra vez rió Dolores y el libro que tenía entre las manos cayó al suelo. Bolton lo recogió y antes de devolverlo lo examinó.

-*Ramona,* de Elena Hunt Jackson -dijo-. Es un libro muy interesante para los californianos.

-Desde luego -replicó Dolores-. Mi padre conoció a la señora Jackson. Él le proporcionó gran parte del material utilizado por ella para escribir el libro. Como muestra de agradecimiento le envió este ejemplar dedicado.

Aunque Dolores no le había invitado a hacerlo, Bolton se sentó bajo el árbol frente a ella.

-¿Pertenece al rancho?-preguntó.

Dolores estuvo a punto de contestar la verdad, pero de pronto, obedeciendo a un instinto de picara travesura, respondió:

-Trabajo en él.

-Merecería ser la dueña -declaró Bolton.

-¿Porqué?

-Porque le sobra hermosura para ello.

-No creo que los ranchos se reserven a las mujeres hermosas.

-Porque el mundo es injusto. He oído decir que éste es el rancho mejor de California. Por lo tanto, debiera corresponder a la mujer más bella de esta tierra. A usted.

Dolores se echó a reír.

-¿De dónde viene usted? Parece de nuestra raza.

-Casi lo soy. Vengo de Tejas.

-Entonces no me extraña que lleve dos revólveres. Los tejanos disfrutan de una fama terrible.

-Las famas no se ajustan siempre a la realidad.

-Tejano y camorrista son sinónimos. No he visto a ninguno que vaya sin un par de revólveres, por lo menos.

-La guerra nos ha hecho amar las armas. Después de tantos años de no separarnos de ellas...

-¿Luchó usted por la Confederación? -interrumpió Dolores.

-Sí, señorita. Desde el primer día hasta el último.

-¿Siente la amargura de la derrota?

Bolton se encogió de hombros.

-Creo que merecimos ganar, por lo tanto, la derrota no significa nada. Venció el más rico, no el mejor.

-Su causa no era la mejor. Defendían la esclavitud.

-Tal vez fuera eso lo aparente. Yo no me preocupé demasiado por saber si defendíamos o no la esclavitud. Creo que luchábamos por un concepto distinto de la vida y, desde luego, en nuestras filas los propietarios de esclavos eran los menos. Tal vez había uno por cada mil hombres. Usted debía de ser nordista.

-Tal vez si el Norte hubiera sido derrotado yo fuese admiradora de él; pero las causas perdidas son más románticas, y las mujeres preferimos a los caballeros del Sur. ¿Es usted uno de ellos?

Bolton se echó a reír.

-No -dijo-. Cuando me alisté en la Confederación acababa de salir de la cárcel.

-¿Por culpa de sus revólveres?

-Por culpa de un caballo que, en verdad sea dicho, tomé prestado sin el permiso de su propietario. El juez Esley opinó que había faltado a la ley y me condenó a dos años en un correccional.

-¿El juez Esley?

-Sí. Supongo que lo conoce.

-Claro. Me vio en su despacho. ¿Le odia mucho?

-Un poco. No puedo perdonarle que me condenara; pero, de todas formas, le odio menos de lo que debiera odiarle. Cuando se sale con vida de una guerra como la nuestra se olvidan muchos odios y rencores... ¿Vive aquí feliz?

-Todo lo feliz que se puede vivir estando al servicio de los demás -contestó Dolores.

-Dentro de poco tendré un rancho muy hermoso, aunque no tanto como éste. Si usted quisiera podría ser su dueña.

-¿Me lo quiere regalar? -preguntó Dolores, fingiendo no comprender.

-Sí. El rancho, las tierras y... su dueño.

Clavando la mirada en el libro, Dolores comentó:

-Es usted muy impetuoso, tejano. Creo entender que se me ha declarado.

-Sí. Cuando regrese de entregar el ganado seré hombre rico y libre. Entonces compraré un rancho. Pensaba adquirirlo en Tejas; pero después de verla a usted he decidido comprarlo en California.

-¿A dónde va?

-A San Francisco.

-Tal vez allí encuentre oro; creo que abunda más en la ciudad que en las montañas.

-No estaré apenas en la ciudad. Me correrá prisa volver aquí a preguntarle qué lugar le gusta más para levantar en él mi rancho.

-El sitio que más me gusta es éste -sonrió Dolores-. Y ya tiene dueño. Y ahora, señor... No me ha dicho su nombre.

-Bolton. Ralph Bolton, de Tejas. Y usted no me ha dicho tampoco el suyo.

-Dolores -contestó la joven-. De California. Adiós. Y le aconsejo que regrese a Tejas.

-¿Le gustaría más aquello que esto?

-A usted sí. Adiós, tejano.

La joven alejóse hacia la casa y Bolton, contra su voluntad, que le impulsaba a seguirla, tuvo que reemprender el regreso para unirse con sus hombres.

Cuando hubo firmado como capataz de la Astoria Packing Company la recepción de los animales preguntó a uno de los vaqueros del rancho:

-¿Conoces a una tal Dolores, empleada en el rancho?

El vaquero frunció el ceño.

-Conozco a Dolores, y estoy lo bastante enamorado de ella para echar, si es necesario, mano al revólver en contra del tejano que quiera disputármela.

-No deseo disputar la novia a nadie, amigo; sólo preguntaba por curiosidad; me dijeron hace unos días que en California se podía ser curioso.

-Pues le engañaron -gruñó el vaquero,

Y aquella noche Dolores Segura, la cocinera del rancho, se vio abordada por su furioso novio, que empezó a pedirle explicaciones acerca de su coqueteo con uno de los tejanos que habían ido a comprar ganado.

-No sé de qué me hablas -refunfuñó la cocinera, que a pesar de ser mujer se reconocía totalmente exenta de gracias que no fueran las culinarias.

Pero su novio no quedó convencido, y por su parte, Ralph Bolton, camino ya de San Luis Obispo, preguntábase si realmente la linda Dolores sería la novia de aquel tosco vaquero del rancho Ortiz.

Capítulo V

El Coyote avisa

Ezequiel Esley vivía en San Alfonso del Río Cristales. La casa que le servía de oficina era también su alojamiento, y si éste no se podía calificar de lujoso, era, al menos, confortable y seguro. Para completar la seguridad el mismo Esley había adquirido una caja de caudales fabricada en Filadelfia y que, según afirmación de sus constructores, era capaz de desafiar el impacto directo de un cañón de doce libras. Como novísimo detalle figuraba la cerradura a base de letras y números. Bastaba formar una palabra y una cifra para que la puerta se abriera sin necesidad de más llave ni cerrojo. Quien no supiese la combinación no podría jamás, por mucho que lo intentara, abrirla.

Dentro de aquella caja Esley guardaba dinero y documentos muy personales, aunque no los relativos a la Astoria Packing Company, que si no interesaban a los posibles ladrones, en cambio podían interesar mucho a las autoridades, que tal vez podrían desear informarse sobre los negocios de la nueva sociedad ganadera.

Habían transcurrido veinte días desde la entrega del ganado y Esley, que acababa de regresar de San Francisco, se consideraba el hombre más inteligente y sagaz del mundo. Había entrado en su domicilio un momento para dejar algunos documentos y en seguida marchó a visitar a algunos de sus clientes a quienes no había visto desde antes de su marcha. Los importantes asuntos que dejó pendientes le retuvieron lejos de San Alfonso hasta muy tarde y eran casi las once de la noche cuando Esley regresaba a su domicilio. Al abrir la puerta de la calle le asaltó la impresión de que no estaba solo, de que alguien se había introducido antes que él en la casa. Maquinalmente empuñó un corto Derringer y, encendiendo un quinqué de petróleo que estaba en el vestíbulo, fue registrando las habitaciones hasta llegar al despacho. Abriendo de un empujón la puerta dirigió la luz hacia el interior de la estancia, sin descubrir ninguna señal de presencia extraña.

Guardando la pistola en un bolsillo, Esley entró en el despacho y, dejando el quinqué sobre la mesa, volvióse para cerrar la puerta.

-No se moleste, juez Esley -dijo una voz-. Yo cerraré por usted.

Esley retrocedió un paso y con temblorosa mano quiso recuperar la guardada pistola.

-No haga tonterías, Esley -replicó agriamente el desconocido, a la vez que cerraba la puerta-. ¿No comprende que podría matarle y entonces usted perdería la vida y yo un futuro amigo?

-¿Quién es usted? -tartamudeó Esley, no atreviéndose a desobedecer la amenazadora orden recibida.

El hombre, que había estado de espaldas a Esley, volvióse lentamente hacia el juez, que esta vez no pudo contener un grito de terror al ver el horrible rostro de su inesperado visitante. Ese rostro era el de una calavera de intensa blancura con cuatro negras simas en los puntos correspondientes a los ojos, nariz y boca.

-No se asuste, es sólo una máscara -declaró la calavera-. Siéntese; tenemos que hablar. Pero antes deje sobre la mesa esa pistolita.

Al decir esto, la calavera indicó la mesa con el revólver que empuñaba con firme y no descarnada mano.

Esley dejó sobre la mesa el Derringer y su fantasmal visitante lo empujó a un lado con el cañón del revólver, luego, cuando el juez se hubo sentado, su visitante dejó el revólver ante él y acodándose a la mesa miró fijamente a Esley a través de los agujeros de la tétrica máscara.

-Supongo que le extrañará mi visita, ¿no? -preguntó.

Esley asintió con la cabeza.

-¿No me conoce? -siguió preguntando el visitante.

-No.

-¿No ha oído hablar de la banda de la Calavera?

-¡Oh! -Esley recordó la terrible fama de que gozaba la banda, cuyo jefe había muerto poco antes en Los Ángeles.

-Yo soy uno de los jefes -continuó el enmascarado-. Más de la mitad de la banda fue aniquilada en Los Ángeles no hace mucho. ¿Sabe quién fue el verdadero destructor de ella?

-¿El jefe de policía?

El enmascarado soltó una seca carcajada.

-No. El no podía nada contra nosotros. Le ayudó alguien que permaneció en la sombra, pero al que nosotros conocemos muy bien. ¿Sabe cómo se llama ese enemigo implacable?

De nuevo Esley movió negativamente la cabeza.

-El Coyote -replicó el bandido.

-¿El Coyote? -tartamudeó Esley, sintiendo que un escalofrío le recorría el cuerpo ante el nombre del famoso desconocido.

-Sí; él terminó con nosotros, nos arrebató el más fantástico botín jamás conseguido. Casi veinte millones de dólares. Otro se llevó la fama; pero sabemos qué cerebro fue el que planeó nuestra derrota. Pero contra nosotros no se juega impunemente. *El Coyote* debía haber elegido mejor antes de atacamos. ¿Sabe por qué? Porque desde el momento en que supimos a quién debíamos nuestra derrota, juramos vengarla. Por eso hemos venido a verle.

-¿Y qué puedo hacer yo? -tartamudeó Esley.

El enmascarado lanzó una erizante carcajada.

-Usted es de los nuestros -dijo-. ¿Comprende, juez Esley? Nosotros somos bandidos, pero usted también lo es.

-No comprendo -gimió el juez.

-Es muy sencillo. Atienda. Hace unos meses murió don Eduardo Ortiz, y en su testamento nombró tutor de su hija al honorable juez don Ezequiel Esley, o sea a usted. Por nuestra parte hacía tiempo que mirábamos con gran interés ciertas tierras del rancho Ortiz y por ello supimos en seguida en qué condiciones estaba extendido el testamento de Ortiz. Cuando nos enteramos de que el famoso y terrible juez Esley iba a ser el tutor de Dolores Ortiz, alguno pensó en la conveniencia de abandonar nuestras esperanzas. Yo opiné lo contrario. ¿Qué sabíamos nosotros de la vida privada del juez Esley? Nada. Por lo tanto, era mejor observar y enterarnos de qué clase de hombre resultaba Ezequiel Esley.

El juez, con los nervios en tensión, sentía, por primera vez en su vida, las mismas emociones que experimentaron otros hombres a quienes él juzgó.

El bandido continuó.

-Nos dedicamos a vigilarle... y pronto advertimos con gran alegría que la hon-

radez no era su fuerte.

-¿Qué insinúa? -jadeó Esley.

-No es necesario que adopte expresiones de herida nobleza, señor Esley. Pierde el tiempo. Para que lo comprenda, le explicaré todo lo que sabemos de usted. En el momento en que supo que se le confiaba la administración del rancho Ortiz, usted proyectó un gran negocio. Sabía que en el rancho había por lo menos diez mil cabezas de ganado de excelente calidad. En un momento trazó su plan, que debemos reconocer como excelente, y buscó la inconsciente complicidad de un tal Ralph Bolton, a quien encargó la tarea de traer desde Tejas cinco mil bueyes de baja calidad. Tan pronto como supo que habían llegado los cornilargos tejanos, usted anunció que estaba dispuesto a vender cuatro mil quinientas cabezas escogidas al precio de setenta y cinco dólares cada una. Un precio económico y que fue aceptado sin vacilación. Envió usted al rancho Ortiz a Bolton para que recogiese el ganado ése. Al mismo tiempo, arregló en San Francisco la venta de cuatro mil quinientos cornilargos tejanos al precio de veintidós dólares cada uno. Vendió en San Luis Obispo los cuatro mil bichos de Ortiz y recibió trescientos treinta y ocho mil dólares, poco más o menos; después marchó a San Francisco y en cuanto Bolton llegó allí con los cornilargos, los llevó usted a los corrales donde los esperaban, y a fin de que Bolton no sospechara nada si se enteraba del precio a que eran vendidos, hizo personalmente todos los trámites. En resumidas cuentas, que los cornilargos vendidos a veintidós dólares fueron pagados por usted a Bolton a treinta, es decir, que perdió usted ocho dólares en cada uno de los animales, o sea treinta y seis mil dólares. Es decir, que ha tenido que pagar noventa y nueve mil dólares a la cuenta de Dolores Ortiz, a quien dirá que las reses vendidas eran pésimas, y para ello le mostrará los documentos de venta de los cuatro mil quinientos cornilargos y le ocultará la de los cuatro mil quinientos.

Esley no dijo nada y su interlocutor siguió al cabo de un momento:

-Sus gastos en esta empresa son los siguientes: Noventa y nueve mil dólares a Dolores Ortiz y unos ciento cuarenta mil a Ralph Bolton. Sus ingresos, en cambio, son: trescientos treinta y ocho mil dólares por los excelentes animales del rancho Ortiz y noventa y nueve mil por los cornilargos. En total: cuatrocientos treinta y siete mil dólares, es decir, que su beneficio neto en esta operación es de casi doscientos mil dólares, pues finge que el ganado vendido por el rancho Ortiz es el de Tejas y presenta los documentos correspondientes; paga religiosamente a Bolton lo que le prometió y él hace un buen negocio, aunque no tan bueno como el de usted. Claro que existe el peligro de que los vaqueros que ayudaron a entregar los bueyes del rancho Ortiz afirmen que el ganado entregado por ellos al representante de la A. P. C. no eran vulgares cornilargos, sino Herefords de la mejor clase. Si eso llegara a saberse, el tonto de César de Echagüe podría hacer algo por quitarle la administración del rancho; pero usted lo ha previsto y con diversas excusas se ha librado de todos los testigos, despidiendo a unos por supuestas faltas y a otros por otras supuestas necesidades de la situación económica del rancho. Se ha librado de los testigos y ahora podrá afirmar que don Eduardo cometió la tontería de tener en sus tierras unos bueyes de mala raza que comían mucho y engordaban poco. Y como ya ha apartado mil animales de clase excelente, fingirá su compra en noventa y cinco mil dólares a la Astoria Packing Company, para lo cual utilizará a esa ficticia empresa fundada por usted. Es decir, que se embolsará casi trescientos mil dólares.

Ezequiel Esley sentíase como si de pronto el mundo entero se hubiera derrumbado sobre él. Su bien planeada estafa había sido descubierta ante él con toda claridad.

-Como ve -siguió el enmascarado-, sabemos a qué atenernos respecto a usted, Esley, pero no queremos hacerle ningún daño; al contrario, estamos dispuestos a

hacerle un favor y a dejarle que se aproveche de ese dinero. ¿Sabe cuál es uno de los peores vicios del *Coyote*? Pues el de ayudar a las víctimas de los canallas como usted o como nosotros. Desde que entró usted en escena, *El Coyote* le ha venido observando, y hoy se le ha visto entrar en esta casa y dejar un aviso para usted. Supongo que lo ha dejado dentro de esa caja -y el enmascarado señaló la caja de caudales-. Por lo menos, yo, en su lugar, lo hubiera hecho así.

-No puede haberlo hecho -declaró Esley-. Esa caja es de toda segundad.

El bandido se encogió de hombros.

-No hay nada seguro cuando se lucha contra *El Coyote.* Como le he dicho, queremos vengarnos de él, y por eso le hemos buscado a usted. Sabíamos que tarde o temprano *El Coyote* procuraría intervenir en favor de la señorita Ortiz. Eso era inevitable desde el instante en que usted empezó a robarla. Por eso, en vez de tender trampas contra *El Coyote,* hemos preferido vigilarle a usted y aguardar el momento en que se decidiera a castigar su poca vergüenza. No, no tome mis palabras como un insulto. No soy aficionado a perder el tiempo en tonterías. Pero dando a cada cosa su nombre se ahorra uno el tiempo. Hemos esperado junto a usted y al fin *El Coyote* ha llegado. Desde este momento se cernirá sobre usted, dispuesto a castigarle. Y en alguno de los ataques que le dirija a usted caerá en nuestras manos y entonces nos vengaremos y le haremos un favor. Si no cree mis palabras, abra la caja y vea si dentro hay algo. Y no se figure que le digo eso para hacerle abrir la caja y poderme apoderar de lo que hay dentro. Si hubiera querido hacerlo no habría tenido más que ordenárselo con mi revólver.

Como impelido por una fuerza superior, Esley se puso en pie y fue a la caja de caudales, haciendo girar el disco de la combinación y marcando la palabra y la cifra. Abrió después la pesada puerta y en la parte interior de la misma vio trazado con yeso un dibujo que representaba una estilizada cabeza de lobo o de coyote.

Debajo del dibujo se leía, escrito también con yeso:

«Cuidado, juez Esley: el camino que sigue conduce a la muerte.»

-Es una broma -tartamudeó Esley.

-En su lugar yo no opinaría eso -declaró el enmascarado-. El aviso me parece muy serio y digno de tenerse en cuenta; y si usted lo desoye se expone a llegar donde dice *El Coyote.*

-¿Y si lo hubiera escrito usted? -preguntó suspicazmente Esley.

-¿Para qué? ¿Cree que conseguiría algo asustándole? No; me interesa terminar con *El Coyote* y le necesitó para eso. A cambio de su ayuda le ofrezco la mía y la de mis hombres. Si prefiere luchar solo, puede hacerlo; pero le aseguro que no saldrá vencedor. En cambio, si nos ayuda podrá conservar todo lo robado y mejorarlo, y aun le obtendremos algunos beneficios más.

Esley quedó pensativo. Era indudable que el hombre que estaba ante él se había informado muy a fondo de todo lo relativo a su estafa. Por ese solo hecho ya lo tenía en sus manos. Sin embargo, le ofrecía su ayuda contra un enemigo que era tan famoso como implacable.

Por el cerebro del juez comenzaron a pasar una serie de audaces proyectos contra *El Coyote* y también en contra del hombre que tenía delante. Se daba cuenta de que su secreto en manos de otros sería siempre una amenaza suspendida sobre su cabeza.

-Bien -dijo por fin-. Acepto. ¿Qué debo hacer?

-Aguardar órdenes. Pronto sabrá lo poco que le pedimos por su ayuda. Desde este momento entra a servir en la banda de la Calavera. Obtendrá usted ayuda y

deberá prestarla. Y si intenta traicionarnos, una bala o un cuchillo terminarán con su traición. Buenas noches, juez Esley.

Al levantarse, el enmascarado cogió la pistola y abriéndola quitó los dos cartuchos y los tiró al suelo; después, volviéndose, salió del despacho del juez, que no intentó moverse de su asiento y desde el cual oyó cómo el enmascarado salía de la casa.

Durante más de una hora Ezequiel Esley estuvo meditando sobre lo que acababa de ocurrirle. No le era nada grato, pero no podía tampoco alterar el curso de los acontecimientos. Debía hacer frente a la situación, porque la suerte estaba ya echada; pero en aquella lucha que iba a empezar Ezequiel Esley no admitía aliados, todos eran sus enemigos.

Capítulo VI

Un consejo del *Coyote*

Ralph Bolton, después de depositar el dinero cobrado en el Banco de California, de Los Ángeles, buscó alojamiento en la más famosa de las posadas de la ciudad, o sea la del Rey Don Carlos, encargó una buena cena y subió a la habitación que le fue asignada a fin de cambiar de ropa. También a él le aguardaba una sorpresa. Cuando salía de la alcoba adjunta a la salita y con la cual formábase el conjunto de la habitación, vio, sentado en uno de los frailunos sillones, a un hombre vestido a la mejicana y con el rostro cubierto por un negro antifaz.

Rápido como una centella Ralph buscó la culata de su revólver, pero interrumpió el movimiento antes de terminarlo al recordar que sus revólveres estaban sobre la cama, dentro de la alcoba.

-Vengo en son de paz -declaró el enmascarado.

-¿Quién es usted? -casi gritó Bolton.

-Tal vez mi nombre no sea conocido en Tejas -replicó el otro-. Me llaman *El Coyote*.

-Ya he oído hablar de usted -replicó Bolton, con gran dureza-. Pero siempre creí que era una fantasía.

-Es una realidad, y si adopto este disfraz no es por un afán de melodramatismo, sino como simple precaución. Siéntese, pues quiero hablar con usted.

-¿Por dónde ha entrado? -preguntó Bolton-. Cerré la puerta con llave y aún la veo en la cerradura.

-Podría decirle que *El Coyote* se sabe filtrar a través de las paredes; pero no me creería. Bástele saber que he entrado. Necesito su ayuda en beneficio de otra persona. Usted ha ganado más de cien mil dólares en un negocio de reses. Piensa establecerse en California en vez de hacerlo, como tenía proyectado, en Tejas. El motivo se llama Dolores. ¿Me equivoco?

Bolton no pudo disimular su asombro ante estas palabras.

-¿Cómo lo sabe? -preguntó.

-Lo sé todo o, por lo menos, casi todo. El motivo habita en el rancho Ortiz. Por

lo tanto, le voy a ayudar, porque deseo ayudar a la señorita Dolores. Hay alguien que trata de hacer todo lo contrario. Al norte del rancho Ortiz se levantan unas montañas llamadas la Sierra de los Pecadores, porque hace algunos años un par de franciscanos retiráronse allí a vivir como eremitas. Levantaron un par de casitas de piedra y una minúscula capilla. La gente los conocía por el mismo nombre que se daban, o sea por el de pecadores. La pequeña sierra quedó así bautizada. Se trata de un terreno estéril y sin ningún valor conocido. Hace muchos siglos, tal vez antes del Diluvio Universal, corría por allí un río que nacía de una caudalosa fuente cuyas aguas se hundían en la tierra y reaparecían al pie de la sierra. Aún se puede ver el cauce y se advierte el punto donde el río se convertía en cascada. La sierra constituye el límite del rancho Ortiz, y al otro lado existen tierras bastante buenas, no para pastos, sino para cultivos de naranjas o limones. No, no exprese repugnancia. California está destinada a ser un paraíso de los frutales. Dentro de pocos años las naranjas y los limones valdrán más que el ganado. El Valle de los Pecadores podrá usted adquirirlo por diez mil dólares. Dentro de treinta años valdrá un millón o más. Su propietario está dispuesto a venderlo. Es don Julián de Arnedo, un viejo español sin hijos y sin familia que no desea otra cosa que vender sus tierras y regresar a España. Hable con el juez Esley y pídale que realice la gestión. De paso, dígale que, a fin de ver si puede encontrar alguna mina de agua para riego, desea adquirir toda la Sierra de Pecadores. Estoy seguro de que se la venderá, pues aunque pertenece al rancho Ortiz, es un terreno poco menos que inutilizable. Puede que le pida otros diez mil dólares por ella. Pagúelos. Puede decir que estaba dispuesto a pagar veinticinco mil dólares por todas aquellas tierras. Cuando sea dueño de la sierra y del valle extienda un testamento a favor de cualquier amigo. Así todos sabrán que en el caso de que usted muriese las sierras pasarían a otras manos.

-¿Y con qué fin me propone eso? -preguntó Bolton.

-Para ayudar a Dolores.

-¿No será para hacerme tirar estúpidamente veinte mil dólares?

La respuesta del *Coyote* fue llevarse la mano derecha al bolsillo de su chaquetilla y sacar de ella un fajo de verdosos billetes de banco que tiró sobre las rodillas de Bolton.

-Aquí tiene veinticinco mil dólares -dijo-. Empléelos y cuando se haya convencido de que ha hecho un buen negocio vendré a que me los devuelva. Y no le hablo con más claridad porque si supiese toda la verdad tal vez dejaría entrever algo de ella y no es conveniente. A su debido tiempo lo sabrá todo. Siga mis instrucciones. No se arrepentirá. Y si necesita verme, regrese a Los Ángeles, pida esta habitación y aguarde. No tardaré en llegar.

-No me gusta ser manejado a ciegas, sin saber lo que hago ni por qué lo hago.

-De momento no puedo hablarle más claro, Bolton. Si tiene miedo, prescindiré de usted; pero no olvide que en la jugada va Dolores.

-Por lo menos, dígame quién es esa mujer. No puedo creer que sea una criada...

-Esa pregunta debe hacérsela a ella. Compre las tierras y defiéndalas sin miedo, porque antes de que hayan transcurrido tres días de su adquisición recibirá ofertas muy tentadoras. Por mucho dinero que le ofrezcan, usted no las venda.

-No comprendo nada, señor *Coyote* -sonrió Bolton-. Admito que está usted enterado de ciertas cosas y que este dinero basta para convencerme de que no intenta causarme ningún daño; pero, ¿qué necesidad hay de esto? ¿Por qué no trabaja usted solo?

-Por la sencilla razón de que en este juego yo tengo ya un papel determinado bajo mi verdadera personalidad, y si desempeñara dos papeles se descubriría quién es *El Coyote.* Vaya a ver al juez Esley y pídale las tierras de que le he hablado. Tan pronto

como estén en su poder yo volveré a verle y le explicaré la verdad. Ahora tenga la bondad de meterse otra vez en la alcoba y, entretanto, yo escaparé por aquí. No conviene que se entere usted por dónde me filtro.

Ralph Bolton entró en la alcoba y un momento después, al salir, vio que, a pesar de que la puerta seguía como antes, *El Coyote* había desaparecido. Buscó por toda la habitación, tanteó las paredes y por fin, después de una hora de inútil búsqueda de la salida secreta, se dio por vencido y descendió a cenar.

* * *

Ezequiel Esley había escuchado con gran atención la demanda de Bolton relativa a las tierras de la Sierra de Pecadores.

-¿Dices que ya has comprado el valle? -preguntó.

-Sí. Don Julián de Arnedo acaba de vendérmelo. Es un terreno inmenso.

-Pero nada útil para pastos. Tierra arenosa y seca.

-Pero si hace siglos hubo en Sierra de Pecadores un río, estoy seguro de que quedará alguna fuente o alguna mina de agua.

-¿Estás seguro de poderla encontrar?

-Si estuviese seguro esas tierras valdrían una fortuna. Creo que debe de existir agua, aunque yo no he visto la menor señal de ella.

-Ni tú ni nadie -sonrió Esley-. Creo que podré conseguirte esa tierra donde no crecen más que plantas espinosas. ¿Cuánto estás dispuesto a pagar por ella?

-Hasta diez mil dólares. Es casi lo que me costaría instalar un pozo artesiano y realizar los sondeos.

-Eso tendremos que arreglarlo en Los Ángeles. Vayamos mañana allí y yo hablaré con el administrador del rancho Ortiz. Estoy casi seguro de que querrá vender, pero tal vez exija cierta prudencia por tu parte. Si en el contrato de venta se fijara a la sierra un valor de dos o tres mil dólares, tú no deberías protestar aunque pagases diez mil dólares... ¿Comprendes? Estos californianos lo son todo menos decentes, y si no es a base de realizar un beneficio particular, el hombre no tendrá interés en vender. Al fin y al cabo, se trata de unas tierras que no sirven para nada y al administrador tanto le dará venderlas como no. Si puede realizar un beneficio venderá.

-¿Y quién es ese administrador? -preguntó Bolton.

-La propietaria es una muchacha y su tutor es un tal Echagüe. Hombre muy rico; pero que desea serlo todavía más.

-No me importa. Lo que yo quiero son las tierras.

* * *

Proclamando a bostezos su aburrimiento, César de Echagüe se dispuso a escuchar a Ezequiel Esley.

-He venido a molestarle, don César, porque se nos presenta una oportunidad de vender una parte de las tierras de Ortiz que no tienen ningún valor. Me refiero a la Sierra de Pecadores. Ayer habló conmigo un tejano que alimenta un estrafalario proyecto de cultivos intensos y cree que en la Sierra de Pecadores puede encontrar agua para regar sus tierras. Está dispuesto a pagar dos mil quinientos dólares por toda la sierra.

-Aquello no vale ni un dólar.

-En efecto -asintió Esley-. Pero ya sabe cómo son ciertas personas; creen haber tenido una idea genial y no se resignan a admitir que es una idea estúpida. ¿Cree que puedo vender esa sierra que nunca se ha utilizado para nada?

-Desde luego, señor Esley. Y no tenía usted que haberse molestado en pedir mi consentimiento.

-Prefiero hacerlo, don César. Así Dolores estará convencida de que obro en su interés y de que no me guía ningún otro móvil.

-¿Quién iba a pensar tal cosa? -bostezó César-. Todos sabemos lo mucho que se interesa usted por Dolores. Venda todo cuanto quiera y compre lo que le parezca. Y, sobre todo, procure molestarme lo menos posible; bastantes quebraderos de cabeza me dan mis haciendas.

Esley abandonó el rancho de San Antonio convencido de que don César era un imbécil magnífico y sumamente útil para sus planes.

Aquella tarde Ralph Bolton recibía, debidamente extendido y legalizado, el título de propiedad de la llamada Sierra de Pecadores.

Por su parte, Esley recibió aquella noche una segunda visita del enmascarado que le visitara por primera vez en su casa en San Alfonso. Lo encontró al entrar en su habitación de la posada del Rey Don Carlos y, como la vez anterior, su sorpresa no tuvo nada de agradable.

-¿Qué ha hecho, Esley? -preguntó el enmascarado.

-No creo haber hecho nada -replicó el juez.

-¿Qué tierras ha vendido a ese Bolton?

-Las de Sierra de Pecadores. Un terreno que no vale absolutamente nada.

-¡Imbécil! -rugió el de la máscara de calavera-. ¿Sabe cuál era el premio que pensábamos pedirle a cambio de nuestra ayuda? Pues la entrega de esas tierras. ¡Y usted las ha vendido a Bolton! ¿Para qué las quiere?

-Para buscar agua... -murmuró Esley, explicando a continuación todo lo relativo a la demanda de Bolton y a sus proyectos de cultivo.

-¿No hay nada más? -insistió el enmascarado.

Esley explicó lo de la diferencia de precio.

El de la banda de la Calavera tiró sobre la mesa un fajo de billetes de banco y dijo:

-Aquí tiene cincuenta mil dólares. Ofrézcalos a Bolton por las tierras. Y no vuelva sin ellas. Vaya a verle en seguida.

Esley tomó el dinero, guardándolo en un bolsillo. AI llegar al pasillo se detuvo y su mano se cerró en torno de la culata de un revólver de grueso calibre y corto cañón. ¿No podría entrar de nuevo en su cuarto y matar de un tiro a aquel hombre? Si lo hiciese nadie le acusaría de nada. La máscara que cubría el rostro de su visitante era una indicación demasiado clara de la identidad de aquel hombre para que se pudiera pensar en otra cosa que en un asalto a mano armada que el juez había rechazado valientemente.

Pero en seguida recordó Esley que aquel hombre sólo era un miembro de una poderosa banda que no retrocedería ante nada para vengar la traición del hombre a quien había ofrecido su ayuda en su lucha contra *El Coyote.* No, no conseguiría nada matando a un miembro de aquella terrible banda.

Recorriendo el pasillo hasta la habitación de Bolton, Esley llamó a la puerta y al recibir permiso desde el interior entró en la estancia.

-Buenas noches, señor Esley -saludó Bolton-. ¿A qué debo el honor de su visita?

-Ha ocurrido algo inesperado, Bolton -dijo Esley-. Se trata de las tierras de Sierra de Pecadores. Cometí un error en los documentos y tendremos que reformarlos.

-Los documentos están en orden, Esley -replicó Bolton, recordando los consejos que le diera *El Coyote-.* Los hice comprobar por un abogado y me aseguró que no había error alguno. Soy propietario de Sierra de Pecadores.

Esley comprendió que la lucha iba a ser más difícil de lo que había imaginado.

También sospechó que por algún motivo desconocido para él Sierra de Pecadores tenía más valor del que le había atribuido. Sin duda, un valor que sólo Bolton y la banda de la Calavera conocían. Una rabia sorda le invadió. ¿Por qué se había dejado engañar por aquellos bandidos?

-Le devolveré lo que ha pagado por esa sierra, Bolton -dijo Esley-. Y le hablaré con entera franqueza. Yo soy el tutor de Dolores Ortiz. Quise cometer una estafa y ahora me veo en un verdadero apuro. Si usted no me devuelve los títulos de propiedad estoy perdido.

-No pienso devolvérselos, juez Esley -dijo, fríamente, Bolton.

-Le daré veinticinco mil dólares por la sierra. Son quince mil más de lo que usted ha pagado.

-No.

-Treinta mil.

-No.

-¡Cuarenta mil, Bolton! ¡Y no puedo darle más!

-Es inútil, Esley, no quiero vender estas tierras.

-¿Qué interés tienen para usted?

-Ya se lo dije.

-No, no me dijo la verdad. Usted las quiere para perderme.

-Tal vez.

-Le daré cincuenta mil dólares. Téngalos...

Esley tendió a Bolton el dinero que le había entregado el representante de la banda de la Calavera.

Bolton movió negativamente la cabeza.

-No, no quiero nada -dijo-. Ignoro si es verdad que con mi negativa lo hundo, juez Esley; pero ¡ojalá fuera así! ¿Recuerda aquel día en que usted lamentó no poderme enviar a la horca? Yo no lo he olvidado jamás. Como tampoco podré olvidar los años pasados en el correccional al que usted me envió. Juré vengarme y creo que ha llegado el momento. Puede marcharse, Esley, y crea que no deseo otra cosa que sea verdad eso de que le perjudico. Lo único que lamento es que seguramente el daño que le causo no bastará para enviarle al presidio.

Esley dirigió una mirada llena de odio a Bolton.

-Está bien -dijo con voz temblorosa-. Usted se ha buscado el daño. No olvide que vine en son de paz. Cuando vuelva será en son de guerra.

Esley salió violentamente de la habitación y regresó a la suya. De momento creyó que el enmascarado se había marchado ya; pero apenas hubo cerrado la puerta le vio surgir de detrás de las cortinas de la alcoba.

-No ha conseguido nada, ¿verdad? -preguntó el otro.

-Nada -replicó Esley, tirando sobre la mesita el fajo de billetes-. No quiere vender. Y lo peor es que legalmente no se le puede privar de esas tierras.

-Existen otros medios -dijo el bandido, acariciando la negra culata de su revólver-. Veremos si yo tengo más suerte.

El hombre guardó el fajo de billetes y sin decir nada más abrió la puerta de la habitación, se aseguró de que el pasillo estaba desierto y, pegándose a la pared como una sombra, deslizóse hacia la habitación de Bolton. Al llegar a la puerta pegó el oído a la cerradura y aguardó inmóvil durante varios segundos. El tintinear de las espuelas de Bolton le indicaba cada uno de sus pasos, y cuando por dicho ruido comprendió que el joven había entrado en la alcoba hizo girar suavemente el tirador y deslizóse dentro de la estancia. Como había supuesto, Bolton se encontraba en la alcoba.

El bandido empuñó su revólver y apoyó el pulgar en el percusor; luego, lentamente, avanzó hasta la alcoba y por entre las cortinas vio a Bolton que se estaba

poniendo una camisa limpia. Levantando el revólver el enmascarado fue a armar el percusor. Los puntitos de mira de su arma estaban centrados en la espalda de Bolton. Éste se sentía invadido por un desasosiego que le advertía de una presencia extraña en la estancia. Oyóse un leve silbido y un golpe blando, al que siguió un ahogado grito de dolor y la caída de un cuerpo al suelo.

Al volverse, el tejano vio tendido en tierra, de bruces, a un hombre en cuya espalda se veía hundido hasta la cruz un viejo puñal.

-¿Qué...? -empezó, a la vez que su mirada se clavaba en el revólver que aún empuñaba el caído.

-Creo que he llegado a tiempo, Bolton -anunció en aquel instante una voz por encima del muerto.

Y el joven vio ante él a un enmascarado a quien reconoció en seguida.

-¡El Coyote! -exclamó-. ¿Qué ha ocurrido?

-Que he llegado a tiempo de salvarle la vida. Su visitante se disponía a pegarle un tiro. Es usted muy descuidado con las puertas. Es muy peligroso dejarlas abiertas.

-¿Y por qué quería matarme? -preguntó con voz ligeramente temblorosa Bolton.

-Ya le advertí que le disputarían la posesión de Sierra de Pecadores. Esley quiso comprarle lo que le había vendido, y como no lo consiguió, su amigo vino a obtenerlo por otros medios.

-¿Cómo sabe que Esley vino aquí?

-Yo lo sé todo o casi todo -sonrió *El Coyote-.* Los acontecimientos se precipitan. Si se siente con valor para hacerles frente saldrá muy beneficiado. Si no... es mejor que lo deje.

-Pero si no sé nada. Esley vino... Pero usted ya lo sabe, ¿no?

-Sí, oí hasta la última palabra de lo que hablaron. Si no le molesta hablar junto a un cadáver, le contaré todo el misterio de Sierra de Pecadores.

-He tomado parte en la guerra y he hecho algo más que hablar junto a un cadáver: he dormido entre más de treinta.

-Siéntese, pues.

-¿Y qué hará con ese hombre? No podemos dejarlo aquí.

-Lo llevaremos a otro sitio. No se apure.

El Coyote sentóse en un sillón y prosiguió:

-Don Eduardo Ortiz era una excelente persona y un buen ganadero, pero no tenía la menor idea de geología ni de minería. El azar le hizo encontrar un buen yacimiento de oro en su rancho y lo explotó hasta agotarlo. Aunque obtuvo grandes beneficios, nunca comprendió el porqué de ellos. La forma en que halló el oro hubiese abierto los ojos al más torpe de los buscadores. Lo descubrió en un hoyo al pie de un alto acantilado de Sierra de Pecadores. Como si alguien hubiera vaciado allí un saco de pepitas mezcladas con pedruscos de toda clase. Pepitas de oro purísimo y algunas sumamente grandes. Pero agotado el yacimiento no pudo encontrar ni una más.

-¿A qué se debió eso?

-A una razón muy sencilla. Aquel hoyo donde don Eduardo encontró el oro no era más que el agujero producido por la cascada que hace un sinfín de siglos caía allí desde lo alto del acantilado. El oro que encontró era el que arrastraba el agua. Por eso no fue posible hallar más. Pero ese oro llegaba de alguna parte, o sea de una veta importante que se encontraba en algún punto de la montaña. Localizar dicha veta no habría sido nada difícil para un ingeniero de minas o un geólogo, pues forzosamente debía encontrarse en un punto determinado del curso del antiguo río. Como el cauce aún es parcialmente visible, no resultaría nada difícil hallar el yacimiento madre o la veta principal, que forzosamente se ha de encontrar en el curso superior o subterráneo del viejo río. Yo sé, aproximadamente, dónde se halla. La banda de la Calavera lo sabe

con más exactitud. Por eso habían decidido pedirle a Esley esa sierra. Con ello hubieran compensado el botín perdido en su último golpe. Marche en seguida a San Alfonso del Río Cristales y vea si le es posible encontrar a alguien que sepa cómo se busca oro. Y no olvide que serán muchos los interesados en eliminarle de esta vida.

-¿Y este cadáver? -insistió Bolton-. No me atrevo a dejarlo aquí.

-Baje a comer o, mejor dicho, baje a cenar y cuando suba no lo encontrará. Hasta la vista, amigo Bolton.

-Adiós, señor *Coyote.*

En cuanto Bolton hubo salido de la habitación, *El Coyote* cerró la puerta y al momento abrióse otra oculta en la pared. Por ella entró Ricardo Yesares, el propietario de la posada.

-¿Fue necesario matarle? -preguntó, señalando el cadáver.

-Sí -replicó *El Coyote-.* No me atreví a limitarme a dejarle sin sentido. Estoy seguro de que no le hubiese impedido disparar.

-¿Quién es?

-Uno de la banda. Regístrale los bolsillos.

De ellos salieron los cincuenta mil dólares y un pequeño mapa en el cual se indicaban varios puntos.

-¿Qué mapa es ése? -preguntó Yesares.

-Sierra de Pecadores y el emplazamiento de la mina -contestó *El Coyote-.* Hemos hecho un buen hallazgo.

-Pero nos sobra el cadáver.

-Ya sé dónde dejarlo. ¿Has oído hablar alguna vez del juez Ezequiel Esley? Un canalla, un hombre sin piedad, un ser implacable, cruel, etc. Entre otras cosas malas que ha hecho figura la de haber aceptado la protección de la banda de la Calavera. Un error muy grande que le va a costar muy caro. Escucha...

Capítulo VII

Las tribulaciones del juez Esley

Ezequiel Esley había bajado a cenar más por olvidar un poco los amargos tragos que estaba padeciendo que por sentir especial apetito ni interés por la cena. Si después de haberla comido le hubiesen preguntado de qué platos se componía, el pobre hombre no habría sabido describir ni uno solo de los excelentes platos ingeridos. A las diez y media subió a su habitación. ¿A quién encontraría en ella? Sin duda, al odioso emisario de la banda, que le comunicaría la muerte de Bolton. ¿Qué debería hacer en tal circunstancia?

Las dudas de Esley duraron el tiempo que tardó en entraren su cuarto. Apenas lo hizo vio que el representante de la banda estaba allí; pero no vivo, sino tendido de bruces en el suelo y con un puñal clavado en la espalda.

Esley estuvo a punto de dejarse caer en un sillón para resolver aquel inesperado problema que no se parecía a ninguno de los que él había previsto. ¿Quién había matado a aquel hombre? ¿Bolton? En tal caso, ¿lo habría llevado allí con el propósito de...?

En este punto fueron interrumpidas sus reflexiones por la entrada de una de las mujeres encargadas de la limpieza de las habitaciones, la cual al ver a Esley empezó a excusarse y a pedir perdón por haber entrado sin llamar. Pero apenas había comenzado a hablar vio el cadáver con el puñal clavado en la espalda y al instante comenzó a lanzar alaridos de espanto, a la vez que escapaba hacia la escalera anunciando a todo pulmón que había visto un muerto.

Ezequiel Esley le hubiera disparado de buen grado un tiro para hacerla callar; pero ya era demasiado tarde, y como si la mitad de la posada del Rey Don Carlos aguardase aquel clamor, por todas partes asomaban rostros curiosos y antes de dos minutos la habitación del juez estaba llena de gente que parecía no haber visto jamás a un hombre apuñalado por la espalda.

A los cinco minutos, y cuando aún Esley no se había podido hacer comprender por los que le preguntaban a coro qué había ocurrido, don Teodomiro Mateos, el jefe de policía de Los Ángeles, entraba en el cuarto y, dominando con su vozarrón todas las demás voces, impuso silencio y, encarándose con Esley, preguntó:

-¿Qué ha ocurrido, señor juez? ¿Ha matado a este hombre?

Sin esperar la respuesta de Esley, Mateos inclinóse para ver el rostro del cadáver y al verlo cubierto por la conocida máscara, volvióse hacia el juez y le estrechó calurosamente la mano, felicitándole:

-¡Magnífico, señor juez! Ha terminado usted con uno de esos bandidos que, por lo visto, se resisten a morir. ¡Muy bien! No se preocupe. Puede estar tranquilo. Su acto merecerá el parabién de la ciudad. Es usted un héroe de quien todos nos sentimos orgullosos.

Y sin esperar más, Teodomiro Mateos bajó a celebrar la afortunada muerte del bandido. Y como todos quisieron hallarse presentes, Esley quedó solo y abatido en su habitación, frente al cadáver cuya muerte se le acababa de achacar.

Al día siguiente, cuando Ezequiel Esley abandonó Los Ángeles, fue despedido por una comisión de los principales ciudadanos, entre los que figuraba el indiferente don César de Echagüe, que, demostrando una sombra de interés, le preguntó:

-¿Cómo lo hizo para despenar a aquel infiel? Nunca me lo hubiera imaginado tan bravo.

Esley encogióse de hombros, y como le urgía alejarse de aquella gentuza que le había colocado en semejante apuro, subió a su coche y, tomando las riendas, alejóse de la ciudad de Los Ángeles, prometiendo no volver jamás a ella.

Durante tres horas caminó todo lo deprisa que le permitió su caballo, y cerca de mediodía llegó ante una posada en la que pidió comida y cuadra para su caballo.

Dos hombres de no muy recomendable catadura se hicieron cargo del caballo y del coche y aseguraron que iban a llevarlo a la cuadra. Esley entró en la posada, y apenas había cruzado el umbral, la puerta cerróse tras él y el atribulado juez se encontró frente a unos veinte hombres cubiertos por las ominosas máscaras de la banda de la Calavera. En un momento fue desarmado y conducido hasta delante de una mesa tras la cual se sentaban cuatro enmascarados que por sus trajes parecían ser los jefes. Ante ellos tenían unas botellas de vino y vasos medio llenos. También tenían cada uno un revólver al alcance de la mano. Era indudable que aquellos hombres estaban allí para juzgarle y el motivo no podía ser otro que su supuesto asesinato del emisario de la banda.

-Buenos días, juez Esley -saludó el que ocupaba el extremo derecho de la mesa-. ¿Esperabas vernos?

Esley, abatido, movió negativamente la cabeza. No esperaba nada, porque en pocos días todo había ido tan mal que sobraba la esperanza.

-¿Quién mató a nuestro emisario? -preguntó el enmascarado que antes hablara.

-No lo sé -replicó Esley.

-¿Fuiste tú?

-No.

-¿Seguro?

-¿Qué beneficio iba a obtener de su muerte? -preguntó con opaca voz el juez.

Los cuatro enmascarados cambiaron una rápida mirada. Los demás miembros de la banda estaban reunidos en torno a la mesa y al hombre a quien se estaba juzgando. Todos iban armados con fusiles, pero no todos llevaban máscaras.

-No, no ibas a obtener otro beneficio que el de cincuenta mil dólares y un mapa -dijo lentamente el bandido.

-¡Yo le devolví el dinero! -casi chilló Esley.

-Entonces, ¿sabías que llevaba cincuenta mil dólares encima?

-Me los entregó para que recuperase la sierra.

-¿Y qué?

-Bolton no quiso volver a vender. Entonces él fue a verle...

Esley explicó detalladamente lo ocurrido y al terminar se dio cuenta de que sus palabras eran creídas, aunque esto no le produjo ningún alivio, pues en seguida se dio cuenta, también, de que ya no podría jamás desligarse de su asociación con aquellos bandidos.

-Eso ha sido obra del *Coyote* -declaró uno de los jefes-. Ha adivinado el juego y ha intervenido a tiempo. Ahora tiene el plano del yacimiento de oro y no podremos nada contra él; pero aún existe un medio. Esley, otros le hubieran matado sin detenerse a reflexionar si era usted un traidor o no. Nosotros hemos preferido oírle y le creemos, pero también creemos que debe ayudarnos con más interés del que ha demostrado hasta ahora.

-¿Qué puedo hacer?

-A nosotros nos interesan dos cosas: el oro de Sierra de Pecadores y acabar con *El Coyote.* Bolton es amigo del *Coyote.* Por él podremos llegar a su jefe. Siga nuestras instrucciones al pie de la letra. En primer lugar, procuraremos atraer a ese enemigo nuestro a un sitio donde nos sea fácil exterminarlo. El plan es el siguiente...

Cuando Esley hubo escuchado el plan de sus forzados amigos sintió un terrible vacío en el estómago.

-Pero si *El Coyote* sabe que yo estoy aliado a ustedes, me hará pagar las culpas...

-No sea imbécil, Esley -interrumpió uno de los cuatro jefes-. *El Coyote* sabe quiénes son sus más peligrosos enemigos y caerá en la trampa. Caerá por su propia voluntad.

-¡Ojalá sea cierto!

-Lo será. Continúe su viaje a San Alfonso de Río Cristales. No olvide que una de las ventajas de los bandidos sobre los que se quieren presentar como justicieros es la de que los justicieros sólo pueden obrar de una forma. Y sabiendo cómo han de hacerlo, es muy fácil tenderles una buena emboscada. Adiós, Esley.

Cuando reanudó su viaje, el juez Esley era el hombre más abatido y atribulado del universo. Sentíase cogido en un remolino de peligros, sin que le fuese posible hacer nada por escapar. Iría donde le llevase la corriente y ya no podría volver atrás.

Meditando sobre el proyecto de los bandidos, Esley no pudo evitar un escalofrío. No era un hombre aficionado a los peligros y en todo aquello veía uno muy grande.

Capítulo VIII

El rapto

Ralph Bolton había registrado concienzudamente Sierra de Pecadores y no supo encontrar el cauce del río ni, mucho menos, la mina de oro. Indudablemente, su fuerte no era el buscar oro.

Montando de nuevo en su caballo, comenzó a descender hacia rancho Ortiz. A lo lejos vio llegar a un jinete que avanzaba sin ninguna prisa y al cual no reconoció hasta tenerlo casi delante.

-¡Señorita Dolores! Creí que era un hombre.

Dolores Ortiz vestía como un vaquero y sólo la cabellera denunciaba su verdadero sexo.

-Salí a pasear -explicó la joven-. Le vi descender de Sierra de Pecadores y quise ver quién era. ¿Busca caballos salvajes?

-No, señorita. Busco oro.

-¿En mis tierras? -preguntó Dolores, olvidando sus palabras de la primera entrevista.

-¿Sus tierras? -preguntó a su vez Bolton.

Dolores se echó a reír.

-La otra vez que nos vimos le engañé. Soy Dolores Ortiz, y este rancho es mío. cPuede decirme ahora por qué busca oro en mis tierras?

-Lo busco en las mías, señorita. Compré toda la sierra al juez Esley.

-¿Sierra de Pecadores?

-Creo que ése es su nombre. Sí, la compré toda en diez mil dólares, aunque creo que él le dirá que sólo pagué dos mil quinientos. Tiene usted un formidable tutor, señorita.

-No entiendo... ¿Es que el señor Esley me estafa?

-Sí. No sólo la estafa, sino que la está robando. Y tengo la desagradable sospecha de que involuntariamente yo le ayudé en sus robos. Por lo menos, en uno de ellos. Me refiero a aquella venta de ganado.

-¿Cuándo ocurrió eso?

-El día en que nos conocimos...

Un súbito galopar de caballos interrumpió la conversación. Por dos puntos avanzaban hacia ellos unos quince jinetes, en cuyas manos brillaban ya las armas.

-¿Qué ocurre? -preguntó Dolores.

-No sé -replicó Bolton-; pero casi sospecho que vienen por nosotros. Seguramente por mí. Escape usted hacia el rancho y envíe ayuda en seguida si puede...

Antes de que Dolores pudiera hacer nada, los jinetes se extendieron en semicírculo, cerrando toda posible huida. Dolores dirigió una inquieta mirada a su compañero, que movió negativamente la cabeza, indicando que no comprendía nada de aquello.

Los jinetes, obedeciendo sin duda a un plan perfectamente estudiado, detuviéronse a unos cien metros de la pareja y empuñaron sus rifles. Bolton, comprendiendo las intenciones de los bandidos, maldijo su descuido al no llevar un rifle y conformarse con los revólveres, que de nada servían a tal distancia.

Uno de los recién llegados desmontó y avanzó hacia Bolton y Dolores. Cuando estuvo más cerca los dos jóvenes vieron que llevaba el rostro cubierto por una máscara de calavera.

-Suelte las armas, Bolton, y no haga resistencia -dijo el bandido cuando estuvo a unos cinco metros de la pareja-. Si intenta algo caerá acribillado a balazos y, además, pondrá en peligro la seguridad de esa joven.

Bolton vaciló un momento.

-Si quiere resistir no deje de hacerlo por mi culpa -dijo Dolores.

Bolton negó con un movimiento de cabeza, y desenfundando sus revólveres los tendió al bandido, recomendando:

-No los pierda, pues son recuerdo de la guerra.

Destacáronse del grupo principal cuatro bandidos más, que, colocándose a ambos lados de Bolton y Dolores, los llevaron, del brazo, hacia el que parecía el jefe de la banda.

-Buen trabajo -comentó el enmascarado-. No creí que pudiera coger tan buena presa de un solo golpe, ni que me costara tan poco. Vamos.

Ralph Bolton se dejó conducir. Era inútil ofrecer resistencia a un enemigo tan poderoso. Los jinetes emprendieron un rápido caminar hacia el norte, en dirección a Los Ángeles. Aún pasarían dos o tres horas antes de que en el rancho Ortiz se dieran cuenta de la desaparición de Dolores. Para entonces la banda de la Calavera estaría bien lejos del alcance de sus posibles perseguidores.

* * *

Tembloroso, pálido, dominado por un nerviosismo que no tenía nada de artificial, el juez Esley dejóse caer en un sillón, frente a don César de Echagüe. Habíase trasladado a Los Ángeles todo lo deprisa que pudo llevarle allí un veloz carruaje cuyos caballos se cambiaban en todas las casas de postas que se encontraban en el camino de San Alfonso a Los Ángeles.

-¿Qué le está ocurriendo, señor Esley? -preguntó César de Echagüe-. Le creía en San Alfonso.

Por toda respuesta, Esley tendió al propietario del rancho de San Antonio una carta, en la cual leyó César:

«Juez Esley: Tenemos a su pupila Dolores Ortiz en nuestro poder. Un millón de dólares es el precio que ponemos a su cabeza. Si acepta diríjase a Los Ángeles y consiga el dinero. En cuanto lo tenga acuda a la posada del Rey Don Carlos y encargue una cena a base de pescado. Entonces se le acercará un agente nuestro y le indicará el sitio donde debe entregarse el rescate.»

La firma era una calavera.

-¿Y qué piensa hacer? -preguntó Echagüe al terminar la lectura.

-¿Qué puedo hacer? -preguntó a su vez Esley.

-Usted es el tutor.

-Pero usted me debe ayudar. A usted también le encargaron que cuidase de la señorita Ortiz.

-No me encargaron que administrara sus bienes; de todas formas, creo que, aun en el caso de que la fortuna de la señorita Ortiz se reduzca a la mitad, siempre será mejor eso que conservarla entera y perder a la pobre muchacha.

-Entonces... Usted opina que debo conseguir el dinero y pagar el rescate, ¿no?

-Creo que de todos los males ése es el menor; aunque tal vez fuera conveniente

acudir a Teodomiro Mateos, nuestro jefe de policía.

-Pero si la policía interviene nos exponemos a poner en peligro la vida de Dolores.

-Tal vez. En ese caso absténgase de acudir a ella y vea si alguien le anticipa el dinero, pues supongo que no podrá reunir en seguida todo el millón de dólares.

-Ochocientos mil dólares puedo conseguirlos en seguida. Si usted pudiera prestarme los doscientos mil restantes...

-Tal vez -bostezó César de Echagüe, inclinándose hacia un batintín de cobre y golpeándolo con una maza de corcho.

Antes de que el sonido se apagara Julián Martínez, el mayordomo de Echagüe, entró en el salón.

-Julián -pidió don César-. ¿Sabes si por algún sitio tenemos doscientos mil pesos?

-En casa hay doscientos sesenta mil. Es el producto de la cose...

-No me lo digas, Julián. Estoy seguro de que tienes razón. Trae doscientos mil.

Un momento después, Ezequiel Esley tenía en sus manos un pesado saquito lleno de billetes de banco de distintos valores.

-¿Quiere que le firme un recibo?

-No es necesario -dijo César, que parecía morirse de ganas de ir a dormir la siesta-. Tengo confianza en los jueces de los Estados Unidos.

Al salir del rancho de San Antonio, Esley preguntábase cómo era posible que César de Echagüe no hubiera advertido su acusador estado de nervios. Luego pensó que aun en el caso de que lo hubiera advertido, lo habría sin duda achacado al rapto de Dolores.

Por su parte, en cuanto quedó solo, César de Echagüe olvidó el aparente sueño y cobró una actividad vertiginosa.

-¿Estás seguro de no haberte equivocado al coger el dinero, Julián? -preguntó.

-Completamente seguro, mi amo.

-¿Preparaste también el resto?

-Está preparado.

-¿Ha enviado algún aviso Yesares?

-Aún no.

-Esta noche tendremos que trabajar de nuevo, Julián. ¿Te fijaste bien en el juez Esley?

-Sí.

-¿Y en la ropa que viste?

-Claro.

-Pues haz lo que te dije.

Un momento después don César quedaba solo, entornó los ojos y no tardó en quedar dormido.

Capítulo IX

El desagradable encuentro del juez Esley

Faltaban veinte minutos para que el juez Esley bajara a cenar y sus ánimos no estaban, ciertamente, muy elevados. Una discreta llamada a la puerta le hizo dar un respingo y su temor confírmese al ver entrar a un hombre embozado con una larga capa. Al bajar el embozo el recién llegado dejó al descubierto la característica máscara de la banda de la Calavera.

-¿Qué quiere? -tartamudeó Esley-. Tengo el dinero y se lo hubiera llevado esta noche...

-Ya lo sabemos -replicó el visitante-. Lo que vengo a anunciarle es que, además de entregar el dinero, esta noche ha de asistir a una reunión general de la banda para obligar a Bolton a que nos ceda las tierras que compró.

-¿Y qué he de hacer yo? -tartamudeó Esley.

-Estar presente en la reunión y sacar a relucir el pasado de Bolton. Es preciso asustarle. Cuando entregue el rescate quédese allí y vaya con el rostro cubierto por esta máscara -y el bandido tiró sobre la mesita una máscara igual a la que le cubría el rostro. En seguida, embozándose, se despidió-: Hasta la noche, en la hacienda Rocío.

El juez Esley dirigió una mirada de repugnancia a la máscara y se apresuró a esconderla en un cajón; luego, saliendo del cuarto, bajó al comedor, encargó una comida a base de pescado y, al terminar, subió a su cuarto, cogió la maleta donde guardaba el millón de dólares y se dirigió al punto donde le esperaba un carricoche tirado por dos caballos.

La noche era tormentosa y las copas de los árboles eran azotadas por las intermitentes ráfagas de viento húmedo y salino. Los dos faroles del cochecillo apenas iluminaban los lomos de los caballos. De cuando en cuando caían algunas gotas de lluvia, como si el cielo, viento y noche librasen una enconada lucha que hasta entonces no se había resuelto a favor de nadie.

Hacía rato que las últimas casas de Los Ángeles habían quedado atrás, cuando, de pronto, al borde de la carretera apareció un hombre que empuñaba un largo y pesado revólver. La luz de los faroles reflejóse en su rostro, dejando ver el negro antifaz que lo cubría.

-¿Qué... qué quiere? -tartamudeó Esley, sin atreverse a alcanzar la pistola que tenía junto a los pies.

-Buenas noches, juez Esley -saludó el enmascarado-. Recibió usted mi aviso y ha hecho muy poco caso de él. Cometió un error, pues los avisos del *Coyote* no son nunca amenazas vanas. Continúe adelante y no trate de huir ni de utilizar ningún arma. Sería el último error que cometería en esta vida.

Sintiendo en la espalda como un pinchazo de hielo, Esley hizo seguir adelante a su caballo hasta llegar junto a una casita de ladrillo.

-Deténgase -ordenó *El Coyote-.* Baje del coche y entre en la casa.

Esley obedeció entrando en la casa seguido por *El Coyote.*

Cuando llegaron a una estancia situada al final del estrecho pasillo, *El Coyote* ordenó:

-Desnúdese y entrégueme la ropa que lleva.

Tuvo que repetir la orden antes que Esley se decidiera a obedecerla. Cuando quedó con sólo la ropa interior, *El Coyote* recogió las prendas que Esley se había quitado y salió de la habitación. Poco después Esley oyó el galope de unos caballos y el ludir de unas ruedas.

Sentándose en la única silla que había en la estancia el juez Esley ofrecía un aspecto lamentable. El viento entraba por la enrejada ventana y envolvía al medio desnudo juez con sus helados brazos. *A* fin, Esley se puso en pie y comenzó a pasear de un lado a otro del cuarto. Un leve golpear de la puerta fue la primera indicación que tuvo de que no estaba encerrado en aquel lugar. Yendo hacia la puerta la abrió de par

en par y corrió hacia la salida. Al abrir la puerta que daba al exterior encontróse en medio de una violenta corriente de aire. Cerró en seguida y comenzó a buscar por la casa con la vaga esperanza de encontrar alguna prenda de vestir. En un viejo armario encontró, al fin, un viejo traje mejicano, un sombrero y una apolillada capa. A falta de cosa mejor se puso aquellas prendas y salió de la casa. En la pequeña cuadra adjunta halló un caballo ensillado y, montando en él, partió hacia la vieja hacienda Rocío, que se encontraba unas dos leguas de aquel punto. Como si los elementos se hubieran confabulado contra él, arreció el viento y comenzó llover. Esley calóse más el sombrero y se envolvió más fuertemente en la capa.

Capítulo X

¡*El Coyote* ha muerto!

La que había sido sala de recibo del rancho de Rocío estaba ocupada en aquellos momentos por un grupo de enmascarados. Unos cuantos se encontraban sentados ante una larga mesa, como si fuesen un tribunal dispuesto a ejercer sus legales funciones. Frente a la mesa se veían dos sillones. Todos los hombres iban armados y sobre la mesa se veían varios revólveres.

La entrada del juez Esley, a quien era fácil reconocer a pesar de la máscara que le cubría el rostro, ya que era el único que vestía levita, fue acogida con un intercambio de comentarios por los que se encontraban sentados a la mesa.

-Aquí tiene su sitio -dijo uno de ellos, indicando un asiento vacío.

Esley, frotándose nerviosamente las manos, se sentó en un sillón y pareció encogerse aún más. Si en alguien quedaba desplazada la máscara era en él, pues la calavera, que en los demás parecía ser sinónimo de implacable ferocidad, era en él equivalente de timidez y blandura.

-Ya estamos todos reunidos -anunció el que parecía el jefe de la banda-. Que entren Bolton y la muchacha.

Ralph Bolton, con las manos atadas a la espalda, entró entre dos fuertes bandidos. Detrás de él, igualmente custodiada, pero sin atar, entró Dolores Ortiz. Ambos fueron obligados a sentarse en los sillones de frente a la mesa.

Ralph Bolton dirigió una mirada de odio a los hombres que estaban ante él, luego volvió la vista a Dolores y pidió:

-No se asuste, señorita. Todo esto es puro carnaval.

-Un carnaval trágico para usted, Bolton -dijo el que llevaba la voz cantante-. Y es posible que también lo sea para usted, señorita, si su compañero de cautiverio no se aviene a razones.

El jefe inclinóse un momento hacia el enmascarado juez y preguntó en voz baja:

-¿Trajo el dinero?

-Está abajo -replicó con un susurro Esley-. Y, por favor, no me haga hablar, pues

la muchacha podría reconocerme.

-No tema. ¿Ha dejado el dinero en el cochecillo en que ha venido?

-Sí.

-Perfectamente.

Volviéndose de nuevo hacia Bolton, el enmascarado anunció:

-Ralph Bolton, sabemos toda la verdad acerca de usted. Sabemos que trabaja para *El Coyote,* o sea para un gran enemigo nuestro; pero lo que nos importa ahora, sobre todo, es la posesión de Sierra de Pecadores. Ya sabemos que no está dispuesto a cederla a nadie, pues sabe que en sus entrañas se encuentra el más fabuloso yacimiento de oro de toda California. Si alguien no le hubiera aconsejado extender testamento a nombre de una persona a quien a su muerte debe ir a parar la sierra, le habríamos matado.

-Muchas gracias -sonrió Bolton.

-No crea que ha sido sumamente listo, Bolton. Es cierto que si le matamos no conseguimos nada; pero existe un remedio muy eficaz para los que se empeñan en no prestar voluntariamente su ayuda... Ese remedio se llama tormento. Existe una gran variedad de tormentos capaces de doblegar la voluntad del más fuerte. Este rancho está ocupado sólo por el ganado, pues los vaqueros están lejos y aunque oyeran chillar no podrían acudir.

-Mi voluntad no se doblega -replicó Bolton-. Y si lo que quieren es el tesoro de Sierra de Pecadores, les aseguro que no lo conseguirán... aunque me maten.

Se hizo un prolongado silencio, durante el cual el bandido que había hablado pareció estudiar atentamente a su prisionero.

-Creo que tiene razón, Bolton -dijo al fin-. Usted es hombre de carne fuerte. Es enérgico y capaz de resistir muchos martirios; pero hasta los hombres más enérgicos tienen sus debilidades. Veremos si usted es también humano.

Volviéndose hacia la chimenea donde ardía un alegre fuego, el bandido hizo una seña.

Dos de los hombres que se sentaban junto a las llamas se pusieron en pie y uno de ellos retiró del fuego un hierro cuya extremidad inferior aparecía casi al rojo blanco. Bolton sonrió despectivo; pero cuando cuatro bandidos agarraron a Dolores y la inmovilizaron con sus fuertes manos, el joven palideció intensamente. Luego, al ver que uno de los dos que se habían levantado de junto al fuego acercaba la mano de Dolores al hierro candente, Bolton no se pudo contener y gritó:

-¿Qué vais a hacer?

Los que le vigilaban tuvieron que recurrir a todas sus fuerzas para dominarle.

-Vamos a hacer una cosa muy sencilla -replicó el jefe-. Abrasar un poco esa linda mano. Tal vez así se le desate a usted la lengua.

El juez Esley recostóse en su asiento, dejó que su mano se perdiera en el interior de su levita hasta apoyarse sobre la culata de un revólver.

En aquel momento, Bolton anunció:

-Está bien, ustedes ganan. Les cedo mis tierras. Ya sé que con canallas semejantes no sirve de nada el valor.

Esley retiró la mano de la culata del revólver y pareció experimentar un gran alivio.

-Ha hecho usted perfectamente -dijo el jefe de la banda-. Ha obrado con prudencia. Aquí tiene un contrato de venta. Fírmelo.

-¿Y qué harán con nosotros? -preguntó Bolton.

-Serán puestos en libertad tan pronto como la cesión de los terrenos de Sierra de Pecadores haya sido totalmente legalizada.

Una sonrisa curvó algunos labios que sabían la suerte que estaba destinada a la

joven y a Bolton; pero las máscaras ocultaban aquellos labios y Bolton no pudo adivinar lo que le aguardaba.

-Firme aquí -ordenó el jefe de la banda, en tanto que los dos bandidos que antes se sentaron junto al fuego regresaron a él, tirando el hierro a las llamas.

Ralph Bolton tomó la pluma y se inclinó sobre el documento para firmarlo; pero apenas había apoyado la pluma sobre el papel oyéronse varios disparos seguidos por una descarga cerrada de fusilería.

lrguióse Bolton y todas las miradas se volvieron hacia el punto de donde llegaban las detonaciones. Casi al momento se abrió una puerta y un miembro de la banda anunció con jubilosa voz:

-¡*El Coyote* ha muerto!

Y a continuación explicó la llegada del famoso jinete, que, descubierto a tiempo, fue cazado a tiros por los bandidos apostados en su espera.

-Yo sabía que vendría a intentar salvar a Bolton y a Dolores Ortiz; por eso le tendí la trampa que no podía haber dado mejores resultados. Vamos a ver quién era ese famoso *Coyote.*

Casi en tropel todos los bandidos abandonaron la estancia, quedando sólo los encargados de custodiar a Bolton y a Dolores y el juez Esley, a quien la noticia de la muerte del *Coyote* no parecía haberle impresionado lo más mínimo.

Durante unos segundos estuvo escuchando el clamor que armaban los bandidos al alejarse, y de pronto, con una agilidad que desconcertó a los cuatro bandidos y a los dos prisioneros, sacó las manos que había tenido ocultas bajo la levita y las mostró armadas con dos pesados revólveres de seis tiros, cuyos percusores, como por arte de magia, aparecieron montados y a punto de dispararse.

Fue tan grande e inesperada la sorpresa de todos, que durante unos segundos ninguno de los bandidos comprendió lo que se deseaba de ellos. Fue el juez Esley quien tuvo que ordenar:

-Levanten las manos y no me obliguen a estropearles el cuerpo. Usted, ayúdeme a atar a esos dos hombres.

Mientras hablaba, el hombre a quien se había tomado por Esley arrancóse la máscara y dejó al descubierto un rostro protegido por un negro antifaz.

-¿Quién es usted? -preguntó Bolton.

-Soy el hombre a quien en estos momentos creen muerto -replicó el enmascarado-. *¡El Coyote!*

Este nombre quitó a los cuatro bandidos las pocas ansias de lucha que tenían y, sin ofrecer la menor resistencia, se dejaron atar por Bolton y Dolores, que estaban protegidos por las armas del *Coyote.*

En cuanto los bandidos fueron reducidos a la impotencia, *El Coyote* entró en rápida acción.

-Recojan las armas -indicó a Bolton y a la joven-. Entretanto yo cerraré la puerta del rancho, pues tendremos que sostener un pequeño sitio.

Rápidamente el famoso enmascarado salió de la estancia y Dolores y Bolton le oyeron cerrar varias puertas y correr algunos pesados muebles. Cuando regresó a la sala llevaba cinco rifles y un saquito lleno de cartuchos.

-No tardará en llegarnos ayuda -explicó-; pero antes tendremos que combatir contra esos bandidos.

Yendo hacia una de las ventanas, *El Coyote* dirigió la mirada hacia la entrada del rancho. Como había supuesto, los bandidos regresaban a la carrera contra el edificio principal, proclamando a voces su furia por el engaño de que habían sido víctimas.

Más lejos, apoyado contra el tronco de un árbol, el juez Esley, con su mejicana

vestimenta que en la oscuridad de la noche le había valido que le confundieran con *El Coyote,* lanzaba plañideras lamentaciones a causa de las tres heridas de bala que si no mortales, eran, por lo menos, muy dolorosas.

Nadie hacía caso de él y todos pensaban sólo en la casi segura identidad del hombre a quien habían tomado por el juez Esley, admitiéndolo en la reunión.

El avance de los bandidos fue refrenado por un disparo que, partiendo de una de las ventanas del rancho, derribó al que iba delante de todos.

Otros dos disparos que derribaron a otros tantos bandidos detuvieron por completo el ímpetu de los bandidos, que se apresuraron a buscar refugio detrás de todos los parapetos que hallaron más cerca.

En el interior del rancho, *El Coyote* y Bolton, utilizando las armas cogidas a los bandidos, iban de ventana en ventana disparando sobre los que estaban fuera. Por dos veces los jefes de la banda de la Calavera ordenaron un ataque en masa; pero antes de recorrer diez metros los certeros disparos del *Coyote* y del tejano causaron tal carnicería en sus filas que el ataque se interrumpió apenas iniciado, y el combate limitóse a un intercambio de disparos de fusilería.

-Así no lograremos nada -gruñó el jefe de la banda-. Por mucho que disparemos no nos será posible atravesar esos muros.

-Recurramos al fuego -propuso otro de los jefes asociados-. Una carreta cargada de heno seco puede ser empujada contra la puerta, sin que los que la empujen corran ningún peligro. Cuando esté en el sitio dispuesto se prende fuego al heno y antes de veinte minutos todos habrán tenido que salir de la casa.

Aceptado como bueno el plan, se dieron las órdenes oportunas y no una sino tres carretas fueron sacadas de un cercano henil.

-¿Qué estarán haciendo? -preguntó Bolton al *Coyote,* señalando las carretas que eran sacadas del henil-. ¿Querrán usarlas como parapetos?

-Más creo que pretendan fumigarnos -replicó *El Coyote-.* O asarnos

Bolton dirigió una inquieta mirada a Dolores, que, sentada en el suelo en el centro de la sala, se ocupaba en recargar las armas, tal como le fue pedido por *El Coyote.*

-Si intentan eso, ¿qué será de... la señorita? -preguntó con ahogada voz el tejano.

-Pues correrá la misma suerte que nosotros -sonrió *El Coyote-;* pero algo haremos para evitarnos ese desagradable final.

Desde hacía rato el ganado encerrado en los corrales llenaba el aire con sus asustados mugidos. El tiroteo, unido a la tormenta que desde hacía varias horas luchaba por descargar, había puesto fuera de sí a los animales que se apretujaban unos contra otros, agitándose como un embravecido mar de negras testuces y aguzados cuernos.

Guiado por el ruido que llegaba de los corrales, *El Coyote* comenzó a disparar sobre ellos. La distancia era bastante grande; pero al *Coyote* le interesaba más causar heridas ligeras que mortales...

-¿Contra quién dispararán? -preguntóse el jefe de la banda, observando que los continuos disparos no iban dirigidos contra ellos.

Estaba junto al carricoche en que había llegado el falso juez Esley y de pronto le asaltó una sospecha. Con el cuchillo de monte abrió la maleta que debía contener el dinero para el rescate de Dolores. Una sonrisa de satisfacción apareció en su rostro al comprobar que los billetes de banco estaban allí.

Cerrando la maleta dirigió de nuevo su atención hacia las carretas que avanzaban lentamente hacia la casa, sin que ninguno de los que estaban dentro del edificio ofreciese la menor resistencia. Tan sólo se oían los ininterrumpidos disparos, que para el jefe de la banda sólo podían tener ya un significado clarísimo: el de llamar la

atención de algún cómplice y hacerle acudir en su ayuda.

Un eco de intensos bramidos fue el preludio de un ataque inesperado por todos los bandidos. Al mismo tiempo todos comprendieron la causa de los disparos hechos por *El Coyote y* Bolton.

Los bramidos y mugidos de las reses encerradas en los corrales se hicieron ensordecedores. Los disparos dirigidos contra ellas habían herido a varías, que, enfurecidas por el dolor, se lanzaron contra sus compañeras, a las cuales les bastó muy poco para transformar también su miedo en locura. Luego inicióse una especie de remolino de pesados bueyes y vacas y, de súbito, escuchóse un ensordecedor crujido: había sido derribada una de las recias cercas de troncos. Por encima de las ruinas de aquella barrera cruzó un negro mar de bestias ansiosas de huir de allí que se desparramaron por todo el terreno despejado frontero al rancho de Rocío.

Otros dos corrales se vinieron abajo y un total de más de tres mil reses cayó sobre los bandidos que sitiaban la casa. Fue inútil que los de la banda de la Calavera pretendiesen detener a tiros aquella riada. Más fácil hubiera sido ponerle un dique al Colorado, pues los disparos, los gritos, las maldiciones, los fogonazos, el olor de la pólvora y la electricidad que llenaba el ambiente se conjugaban eficacísimamente para elevar al máximo la furia de aquellos animales que duran más de cinco horas se habían ido preparando para aquel momento.

Cuando el alud se vio incontenible, los bandidos sólo pensaron en la huida; pero entre ellos y sus caballos se interponía una masa de bestias en estampida que ciegas a todo obstáculo se lanzaban sola ellos arrollando cuanto se oponía a su paso.

Los jefes de la banda fueron los primeros en darse cuenta de lo terriblemente eficaz que había resultado el plan del *Coyote.* También se dieron cuenta enseguida de que la huida ante las reses iba a ser imposible, y el principal de ellos, o sea el jefe supremo, fue el que halló enseguida la única solución posible. Indicando el carricoche en que había llegado el falso Esley y la maleta que contenía el rescate, subió al pescante, seguido por sus compañeros. Otros dos bandidos quisieron salvarse en aquella única lancha, pero dos disparos hechos por los propios jefes los detuvieron para siempre.

También los caballos estaban empavorecidos y no fue necesario que se les hostigara mucho para que emprendieran un violento galope delante de la masa de animales que los seguía tratando de devorar aquel frágil carricoche que escapaba dando violentos tumbos y ocupado por cuatro hombres que sólo pensaban en dos cosas: en escapar de los bueyes, vacas y terneros del rancho de Rocío y en salvar el dinero que llevaban en la maleta del juez Esley.

Al fin y al cabo, aunque hubieran perdido mucho, siempre les quedaba un millón neto y el resto de una banda que iba siendo exterminada por *El Coyote,* pero que aún era suficientemente poderosa.

Capítulo XI

El juez Esley compra la paz

Ezequiel Esley nunca supo cómo se salvó de aquella inundación de cuerpos,

testuces y pezuñas que hacían temblar la tierra y lo arrasaban todo a su alrededor. Durante casi una hora permaneció envuelto en polvo que olía a res bovina y sintióse salpicado por las piedrecillas y arena que arrancaban al suelo las pezuñas de los animales aquellos. Un fragor de cataclismo ensordeció sus oídos y durante cada uno de los segundos que transcurrieron hasta que pasó el peligro Ezequiel Esley vivió mil agonías.

Al fin, a través del polvo que volvía a ponerse en la tierra, vio avanzar hacia él a tres sombras que se materializaron en *El Coyote* vestido con traje casi idéntico al que él llevaba antes de ser desnudado por el bandido aquél; en Ralph Bolton, que empuñaba un largo revólver, y en Dolores Ortiz, que le dirigió una mirada de piedad y de repugnancia a su vez.

Sin decir nada, Bolton y *El Coyote* le obligaron a levantarse y a ir hasta el interior del rancho. Una vez allí lo sentaron ante una mesa y *El Coyote* empujó hacia él un pliego, pluma y tinta.

-Juez Esley, creo que ya ha comprendido que se encuentra colocado en una situación muy difícil -dijo *El Coyote-.* Cuando se sepa lo ocurrido no tendrá usted salvación. Por lo tanto, acepte la tabla que le ofrezco. Ha robado usted un millón de pesos que no podrá restituir jamás. Ha sido cómplice de la banda de la Calavera, con lo cual se ha colocado fuera de la ley, y por lo tanto debería perder su derecho a ejercer su cargo. Ha cometido varías estafas contra la señorita Ortiz; por lo tanto, si no acepta mis condiciones pasará el resto de sus días en la cárcel.

-¿Cuáles son sus condiciones? -musitó Esley.

-Firme su consentimiento para que Dolores Ortiz se pueda casar con Ralph Bolton. Firme también su renuncia a la tutoría de Dolores.

-Señor... -empezó Bolton-. Se precipita usted...

-No digas nada -susurró Dolores. Y señalando al *Coyote* agregó-: Ese hombre es terrible. Podría matarnos si protestásemos.

El Coyote dirigió una sonrisa a Dolores, en tanto que Esley con bastante trabajo, a causa de sus heridas, extendía su permiso y renuncia. Cuando hubo terminado, *El Coyote* le ordenó:

-Ahora escriba lo que voy a decirle. Se trata de una declaración firmada de todos sus delitos. Si algún día intentara algo contra esta feliz pareja, recibiría su merecido.

Esley quiso protestar; pero la sola presencia del *Coyote* bastaba para llenarle de pavor y ahogar todas sus resistencias. Escribió todo cuanto quiso *El Coyote,* y cuando hubo terminado, quedó, jadeante, en espera de lo que quisiera seguir mandando aquel temido enemigo.

-Quédese en Los Ángeles -ordenó *El Coyote-.* Y en cuanto Dolores y Bolton se hayan casado podrá usted volver a San Juan y terminar en Tejas su odiosa carrera.

-Un momento, señor -interrumpió Bolton-. Yo le estoy muy agradecido por todo cuanto ha hecho por mí; pero tal vez exagera al obligar a la señorita a casarse conmigo.

El Coyote lanzó un suspiro y lentamente salió de la estancia, seguido por los dos jóvenes. Esley quedó tumbado en un sillón, sin fuerzas ni para levantarse.

-¿De veras cree lo que dice, señor Bolton? -preguntó *El Coyote* cuando estuvieron junto a la puerta de la casa.

-Pues... sí, claro que lo creo.

El enmascarado inclinó la cabeza y se sacudió un poco del mucho polvo que ensuciaba su levita.

-Jamás lo hubiera creído -declaró al fin, con solemne tristeza.

-¿Qué es lo que jamás hubiera creído? -preguntó alarmado Bolton.

-Que fuese usted tan poco caballero.

Por los ojos de Dolores, cuya mirada estaba fija en *El Coyote,* pasó un destello de risa, que el enmascarado captó e interpretó.

-¿Por qué dice eso? -inquirió, casi duramente, Bolton.

-Porque ha sido usted hecho prisionero al mismo tiempo que la señorita, ha vivido encerrado con ella durante varios días, han estado juntos en una peligrosa y sospechosa intimidad, y ahora, cuando se presenta la ocasión de que usted cumpla como un caballero, se niega a ello y obliga a la señorita Ortiz a que, obedeciendo nuestro código de honor, ingrese en un convento para esconder en él su vergüenza.

-Pero... si no tiene nada que ocultar -tartamudeó Bolton.

-La gente es muy dada a suponer cosas malas y nadie supone cosas peores que un californiano. Si usted no se casa con la señorita Ortiz, la verá en un convento, ¿No es cierto, señorita?

-Sí, es cierto -declaró Dolores, escondiendo el rostro entre las manos-; pero si el señor Bolton me encuentra tan repulsiva que no puede decidirse a hacer ese sacrificio, prefiero mil veces morir en un convento...

-¡No, no! -protestó Bolton, sin darse cuenta de que era la risa y no el llanto lo que hacía temblar la voz de Dolores-. Le juro, señorita Ortiz, que me enamoré de usted..., de ti, el día en que nos vimos por primera vez. Al creer que eras una criada sólo pensé en establecerme cerca de ti y arrancarte de tu humildad; pero siendo la heredera del rancho Ortiz, propietaria de millones, la más hermosa de toda California... No, no me atrevo a valerme de una situación falsa para imponerte mi compañía durante toda la vida.

-Entonces, si me desprecias, entraré en el convento...

-¡No, por Dios! -gritó Bolton-. ¡Todo menos eso!

-Además, ya no soy muy rica... -murmuró Dolores-. He perdido un millón y si el yacimiento de Sierra de Pecadores es tan rico como dicen, serás tú quien tenga millones. Pero quizás ya no te conformes con menos de una riquísima heredera.

-¡Ojalá fuese realmente pobre, vida mía! -exclamó Bolton, cogiendo entre sus brazos a Dolores.

Ésta le rechazó suavemente, susurrando:

-No estamos solos.

Pero en aquel momento se oyó el galope de un caballo y los dos comprendieron que *El Coyote,* después de salvarlos, se alejaba de sus vidas. Pero ya no les importaba nada. Nadie en el mundo tenía importancia ya. Sólo contaban ellos dos. Uno y otra.

* * *

Pero *El Coyote* no se había alejado para siempre de sus vidas. Al volver a Los Ángeles visitaron a don César, quien les anunció que había sido visitado por *El Coyote,* que le había entregado los documentos firmados por el juez Esley.

-Me dio un susto de muerte... -suspiró el famoso estanciero-. Espero no recibir jamás otra visita suya.

-¿Y qué le dijo? -preguntó Dolores, apoyada en el brazo de Bolton.

-Que debían ustedes casarse en seguida, y que yo debía renunciar a ver de nuevo en mis manos los doscientos mil dólares que presté a Esley. ¡Jamás hubiese creído que un hombre tan recto resultara tan torcido!

-En cuanto se ponga en explotación la mina le pagaré lo que usted dio, don César -prometió Bolton.

-No vale la pena -sonrió el californiano-. No es dinero lo que me falta. Además, lo que yo pierdo carece de importancia en comparación con lo que has perdido tú,

Lolita.

-Gano mucho más de lo perdido -sonrió la joven, volviendo sus bellos ojos hacia Bolton.

-No opino yo igual -rió César-. No hay hombre que valga lo suficiente para ti, aunque tenga una mina de oro. ¿Cuándo será la boda?

-Dentro de dos meses -contestó Bolton-. No creo que pueda celebrarse antes.

-No, desde luego, no. La gente murmuraría mucho.

* * *

Todo Los Ángeles habló durante mucho tiempo de la boda de la *hija de Ortiz* con el tejano Bolton. Nunca se habían visto tanto lujo, tanta elegancia, tanta riqueza. Fue una boda como sólo podía celebrarse en California. El novio tuvo la galantería de casarse vestido a la moda del país y su traje se dijo que había costado diez mil pesos, pues en él entraba más oro y bordados que telas. Claro que teniendo una mina como la de Pecadores, Ralph Bolton podía permitirse hacer gastos mucho mayores.

Hubo un sinfín de regalos; pero el último fue el más notable y el que dio más que hablar. Llegó después de la boda, cuando se estaba en pleno banquete. Venía en una gran caja y todos quisieron ver cuál era su contenido.

Un grito de asombro se escapó de todos los labios al ver que dentro de la caja llegaba una fortuna en billetes de banco. Con voz ligeramente temblorosa Bolton leyó la nota que acompañaba aquel regalo. Decía así:

Lo que los bandidos se llevaron no fue un millón de dólares, sino unos cuantos dólares de papel impreso sin valor alguno. Eran billetes falsos que sustituyeron a los legítimos, o sea los que hoy remito como regalo de bodas a la más deliciosa de las parejas de California, a la que deseo mil felicidades y un número algo menor de hijas que prolonguen la belleza de la madre y de hijos que lleven hasta nuestros nietos la valentía de su padre. Hasta nunca.

La característica firma fue identificada en seguida por todos, y por toda la sala donde se celebraba el banquete corrió un nombre:

-¡*El Coyote*!

Durante casi media hora el nombre del famoso proscrito resonó insistentemente en la sala. Se relataron numerosas hazañas, se explicó su intervención en el caso de Dolores Ortiz y su marido; se recordaron sus primeras actuaciones, se hicieron cábalas acerca de su verdadera identidad.

-A lo mejor está entre nosotros en este mismo instante -suspiró doña Consuelo de Villagrande, inclinándose hacia don César, que era su vecino en la mesa.

-¡Por Dios, no me ponga nervioso! -exclamó el hacendado-. No me gusta esa idea. Me parece que me va a destrozar la digestión. -Y dirigiendo una mirada de reproche a su compañera, refunfuñó-: ¡Qué ideas tienen algunas mujeres!

Doña Consuelo sonrió y volviéndose hacia don Teodomiro Mateos, el jefe de policía de Los Ángeles, murmuró a su oído:

-Ese pobre don César es un completo botarate. Yo conocí a su padre y nunca me imaginé que pudiera tener un hijo así.

-El viejo don César era todo un hombre -admitió Mateos. Y siempre en voz baja agregó-: Y creo que su nieto, el pequeño César, también será una cosa muy seria. Claro que su madre valía mucho. Nunca he comprendido por qué se casó con un hombre como César.

-Las mujeres somos muy extrañas -suspiró doña Consuelo-. Tampoco yo he

llegado a comprender jamás por qué me casé con mi marido.

-Ni él tampoco -pensó Mateos-. Creo que de los dos él es quien más lamenta tu decisión.

Y en voz alta y cortés siguió:

-Verdaderamente, merecía usted algo mucho mejor, doña Consuelo.

En aquel instante Bolton se había puesto en pie y, levantando una copa llena de vino español, anunció:

-Queridos amigos: Os agradezco a todos vuestra presencia, que honra mi boda con mi muy amada mujer. Es vuestra asistencia la que valora este acontecimiento y para vosotros es mi primer brindis.

Haciendo un ligero movimiento con la copa, Bolton se la llevó a los labios y la vació en su mitad.

-Ahora -continuó luego- quiero pediros a todos un favor el de que brindéis, por un gran amigo mío y de Dolores, que temo no se halle presente aquí, aunque tenía méritos sobrados para ocupar el puesto que se ha dejado vacante junto a mi esposa.

En medio de la general expectación Bolton terminó:

-Os pido que brindéis por *El Coyote.*

Un grito de asombro brotó de todas las gargantas ante el extraño brindis, y Teodomiro Mateos quiso protestar, pero en aquel momento ocurrió algo completamente inesperado. En el umbral de la puerta del comedor de la posada del Rey Don Carlos, donde se celebraba el banquete, ya que los novios no tenían casa en Los Ángeles, donde se celebró la ceremonia, acababa de aparecer un enmascarado en quien todos reconocieron al hombre de quien se estaba hablando. De su cintura pendían dos largos revólveres, pero no demostraba intención de empuñarlos.

Avanzando hacia la mesa, tomó una copa llena y, levantándola en alto, dijo:

-Muchas gracias por su brindis, señor Bolton; pero permítame que lo rectifique: Brindemos, señoras y caballeros, por la más bella pareja de recién casados que ha conocido Los Ángeles.

Como hipnotizado, Teodomiro Mateos vació su copa, y cuando al fin la dejó sobre la mesa buscó en vano al *Coyote.* Éste había desaparecido tan misteriosamente como llegó, y aunque varios de los invitados salieron en su busca, no hallaron el menor rastro de él.

-Como si se lo hubiese tragado la tierra -dijo uno de ellos.

Y en aquel instante Ricardo Yesares, que había acudido al saber lo que acababa de ocurrir, anunció:

-Don César se ha desmayado.

Todos volvieron la vista hacia el hacendado y pudieron comprobar que si no estaba completamente desmayado, al menos lo parecía, y como era conocida su falta de valor, se dio como cierto que la visión del *Coyote* había sido demasiado fuerte para él.

-Lo que le decía, don Teodomiro-dijo doña Consuelo, sin molestarse ya en bajar la voz-: Ese hombre es una damisela nerviosa. ¡Yo nunca me he desmayado! Y supongo que usted tampoco, ¿verdad?

-Pues la verdad, señora, ha faltado poquísimo para que también me desmayara.

Doña Consuelo le dirigió una fría mirada y, volviéndole la espalda, declaró:

-Todos los hombres son iguales, excepto los que son peores. Me parece que me he equivocado mucho. Al fin y al cabo, mi marido es todo un hombre.

Pero a pesar de que todos la ayudaron a buscar a su marido, doña Consuelo no pudo dar con él hasta que llegó a su casa, donde lo encontró acostado y temblando convulsivamente.

También para él había sido demasiado fuerte la emoción pasada.